

# CRISTIANDAD

*Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María*

## «DIOS LOS CREÓ A SU IMAGEN Y SEMEJANZA»



«Cristo manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación» (GS 22,1).

Año LXXXI- Núm. 1117-1118 Agosto-septiembre 2024



# ÍNDICE DE CONTENIDOS

- |           |   |           |  |
|-----------|---|-----------|--|
| <b>3</b>  | <b>Razón del número</b>   | <b>34</b> | <b>Hemos leído</b><br><i>Aldobrando Vals</i>                           |
| <b>4</b>  | <b>El concepto negativo del hombre en la Modernidad</b><br><i>Miguel Ángel Belmonte</i>                   | <b>36</b> | <b>Pequeñas lecciones de historia</b><br><i>Gerardo Manresa Presas</i> |
| <b>8</b>  | <b>«Nietzsche: la muerte de Dios es la muerte del hombre»</b><br><i>Pedro del Río de Murtinho</i>         | <b>38</b> | <b>Hace 75 años</b><br><i>Ibón Elósegui</i>                            |
| <b>13</b> | <b>El hombre moderno: desvinculado y dependiente del Estado</b><br><i>Emili Boronat Márquez</i>           | <b>41</b> | <b>Actualidad religiosa</b><br><i>Javier González</i>                  |
| <b>17</b> | <b>El olvido de Dios, la muerte del arte</b><br><i>Miguel María Jiménez de Cisneros</i>                   | <b>44</b> | <b>Actualidad política</b><br><i>Jorge Soley</i>                       |
| <b>21</b> | <b>Espejo del alma: visiones contrapuestas del ser humano en la literatura</b><br><i>María Turu Tarré</i> |           |  |
| <b>26</b> | <b>La divinización del cristiano</b><br><i>Esteban López Larraechea HNSSC</i>                             |           |  |
| <b>30</b> | <b>El hombre como imagen de Dios</b><br><i>Luis Mariano Bártoli</i>                                       |           |  |

# Razón del número Dios, principio y fin de la vida humana

---

*Esta grandeza de la criatura humana, ha quedado sellada de un modo único y excepcional cuando Dios para redimir al hombre de su pecado se hizo hombre: «Et Verbum caro factum est»*

---

**U**NA de las verdades reveladas que en el caso de negarse tiene unas consecuencias trágicas, inmediatas y patentes es la contenida en estos dos versículos del Génesis: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y los reptiles de la tierra». Y creó Dios al hombre «a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó». Hay varias verdades contenidas en estas pocas palabras. La primera y más fundamental es la afirmación de que el **ser humano es el único ser creado por Dios a su imagen y semejanza**, su existencia tiene su origen en las manos de Dios, no es el resultado de una evolución ciega, y que, por tanto, su origen no es meramente material ni pertenece al mundo de lo orgánico. Tampoco es fruto de una inmersión social, que ha elevado lo orgánico al mundo de lo consciente y racional. En este caso el hombre será un compuesto de lo orgánico o biológico y lo social. Tanto en un caso como en otro es negada la libertad y con ello la dimensión mo-

ral de la vida humana. Otra verdad también contenida en estos versículos del Génesis hace referencia a la **primacía del hombre respecto al resto del mundo de los vivientes**, destinados a su vez al servicio del bien del hombre. Verdad también negada por tantos ecologismos de moda irracionales y destructivos de lo humano. Finalmente, **una tercera verdad que ha cobrado en estos últimos tiempo una excepcional actualidad es la que se afirma con las palabras «Dios los creó hombre y mujer»**: la dualidad originaria de la condición sexuada del hombre forma parte intrínseca de la condición humana.

Esta grandeza de la criatura humana, ha quedado sellada de un modo único y excepcional cuando Dios para redimir al hombre de su pecado se hizo hombre: «*Et Verbum caro factum est*» y por ello afirma el Concilio Vaticano II: «El misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado: al contemplar al Dios hecho hombre, podemos comprender que el fin del hombre es ser divinizado por Dios».

# El concepto negativo del hombre en la Modernidad

Miguel Ángel Belmonte

---

*La filosofía moderna alberga una concepción tremendamente negativa del ser humano. Se trata de una antropología en la que no solo ha desaparecido la posibilidad de la gracia redentora, sino que el fondo mismo de la naturaleza humana se juzga malvado, despreciable y peligroso.*

---

**U**N dualismo estéril impide a menudo plantear en los términos adecuados la cuestión acerca de la cualidad moral de la naturaleza humana. No hace mucho recibí a unos jóvenes que participaban en un club de debate cuya pregunta era ¿es bueno o malo el ser humano? Ya se sabe que en esos ejercicios de retórica y persuasión poco importa la verdad de las cosas, pero en este caso el planteamiento dialéctico resultaba especialmente desorientador. En los manuales de filosofía y en la opinión pública «cult», por decirlo así, se da por supuesto que la pregunta tiene dos únicas y antitéticas respuestas, la de **Hobbes** y la de **Rousseau**. Hasta qué punto sea cierto lo de Hobbes lo veremos enseguida. Pero desde luego el buen salvaje de Rousseau no es bueno en sentido moral y ni siquiera se puede decir que sea propiamente hombre, puesto **que también en Rousseau, como en todo el pensamiento político moderno, el hombre fuera del Estado no es nada.**

Antes de que Hobbes desplegara todo su artificial sistema filosófico, había sido necesario que **Maquiavelo** descubriera –o más bien inventara– un nuevo continente: «comparaba su éxito con los de hombres como Colón. Reclamaba para sí la gloria de haber descubierto un nuevo continente moral. Su pretensión tenía fundamentos suficientes: sus enseñanzas políticas eran “completamente nuevas”. El único punto que quedaba por aclarar era si el nuevo continente era humanamente habitable» (Leo Strauss, *Qué es filosofía política*). Maquiavelo se presenta a sí mismo como un innovador y hace alarde constantemente de estar diciendo cosas que no se han dicho nunca. Tal es un rasgo común, por cierto, a todo el pensamiento moderno. Además presume de realismo. Pero ¿qué tipo de realidad es la que él afirma revelar? Veamos lo que dice en sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. La realidad es en tal obra, por ejemplo, que «todos los hombres son malos», o que «la



*Thomas Hobbes* (1588-1617) de John Michael Wright (XVII)

naturaleza de los hombres es ambiciosa y suspicaz y no sabe poner límite a la fortuna» o incluso que los hombres ni siquiera «saben ser del todo malvados ni del todo buenos». Más famosa, pero igual de infame, es esta cita de *El príncipe*: «No puede, por tanto, un señor prudente –ni debe– guardar fidelidad a su palabra cuando tal fidelidad se vuelve en contra suya y han desaparecido los motivos que determinaron su promesa. Si los hombres fueran todos buenos, este precepto no sería correcto, pero –puesto que son malos y no te guardarían a ti su palabra– tú tampoco tienes por qué guardarles la tuya». La posición de Maquiavelo resulta en definitiva un puro cinismo donde no hay más bien y mal que el propio éxito, entendido como la capacidad de hacer la propia voluntad por encima de la de los demás.

Thomas Hobbes, principal heredero de Maquiavelo, nos presenta al hombre movido principalmente por sus pasiones, y de éstas, sobre todo por el miedo y en especial el miedo a la muerte violenta. No hay un bien en el horizonte, no hay un fin último, solo hay causalidad eficiente. El miedo nos mueve como empujándonos, es un resorte psicológico que nos lleva siempre a desear aquellas situaciones en que nos sintamos a salvo. No hay nada atractivo en el vivir. Antes de la vida civil, la vida del hombre es pura lucha por la supervivencia, sin sentido de lo justo ni de lo injusto. El miedo a la violencia ajena conduce al famoso pacto social por el que es instituido la persona artificial que es el Estado. Las leyes establecidas por el Estado serán las que determinen qué es justo y bueno, qué es injusto y malo. **No hay moralidad fuera de**

las coordenadas fijadas por el Estado, que, por supuesto, no se guía por un orden natural que le ilumine, sino más bien al contrario, se presenta como artífice de aquello que la naturaleza, y por tanto Dios, no ha sabido hacer eficazmente. El Estado-Leviatán hobbesiano, aquel en el que todos los ciudadanos cumplen escrupulosamente las órdenes del soberano, aquel en el que nadie recurre a la violencia, del que tal persona artificial es único velador, es el modo perfecto de existencia humana. Los hombres así ya no necesitarán de un dios inmortal, les bastará con ese dios mortal, ese monstruo bajo el cual todo el poder en la tierra se le ha sometido. De ahí que Hobbes afirme, en el *De cive*, lo siguiente: «Por cierto que con razón se han dicho estas dos cosas: el hombre es un dios para el hombre [*Homo homi-*

*ni Deus*], y el hombre es un lobo para el hombre [*Homo homini lupus*]. El primer dicho se aplica a la conducta de los ciudadanos; el segundo, a la de los estados entre sí. En el primer caso, por la justicia, la caridad y las virtudes de la paz, se aproximan a la semejanza con Dios; en el segundo, por la depravación de los malos, incluso los buenos tienen que recurrir, si quieren protegerse, a las virtudes de la guerra y el engaño, esto es, a la rapacidad animal». De modo que, si bien el pacto por el que se instituye el Estado parece sacarnos de la guerra de todos contra todos, resulta que la existencia misma de los Estados es inseparable de nuevas guerras, exteriores e interiores, por las que siguen aflorando tarde o temprano el engaño y la violencia. Y no vayamos a pensar que eso le parece mal a Hobbes, sino que eso es en lo que consiste, según él, el verdadero derecho natural: «Y es el derecho natural que surge de la necesidad de propia conservación el que impide que esa rapacidad sea un vicio, aunque los hombres se la reprochen mutuamente por su inclinación innata a proyectar en los demás sus acciones, viéndolas como en un espejo: la derecha a la izquierda y viceversa». **Para Hobbes no hay posibilidad de distinguir objetivamente la bondad y la maldad moral. De ahí que tampoco sea posible distinguir entre un gobernante recto y un tirano.** Lo justo y lo injusto resultarán meramente de la concurrencia de voluntades en parte enfrentadas y en parte concordes con capacidad para gestionar exitosamente el Estado.

En la línea de Hobbes, otros pensadores británicos posteriores como **David Hume** contribuyeron a crear el mito de que en la vida política no hay principio moral que valga y hay que legislar desde el presupuesto de que todos los hombres son malos y, si pu-

dieran, harían todo el mal que estuviera en sus manos: «Al elaborar un sistema de gobierno y fijar los diversos contrapesos de la constitución, debe suponerse que todo hombre es un sinvergüenza y no tiene otro fin en sus acciones que el interés privado. Mediante este interés hemos de gobernarlo y, por medio de él, hacerle cooperar al bien público, a pesar de su insaciable avaricia y ambición» (*De la independencia del Parlamento*). También el utilitarismo de **Bentham** y **Stuart Mill** consagra el principio de que solo el placer y el dolor son los soberanos de nuestra voluntad.

---

***Para Hobbes no hay moralidad fuera de las coordenadas fijadas por el Estado, que se presenta como artífice de aquello que la naturaleza, y por tanto Dios, no ha sabido hacer eficazmente.***

---

Quien ingenuamente cree luchar por ideales más altos, se está engañando: «La naturaleza ha situado a la humanidad bajo el gobierno de dos dueños soberanos: el dolor y el placer. Sólo ellos nos indican lo que debemos hacer y determinan lo que haremos. Por un lado, la medida de lo correcto y lo incorrecto y, por otro lado, la cadena de causas y efectos están atadas a su trono. Nos gobiernan en todo lo que hacemos, en todo lo que decimos y en todo lo que pensamos: todos los esfuerzos que podamos hacer para librarnos de esta sujeción, sólo servirán para demostrarla y confirmarla. Un hombre podrá abjurar con palabras de su imperio, pero en realidad permanecerá igualmente sujeto a él. El principio de la utilidad reconoce esta sujeción y la asume para el es-

tablecimiento de este sistema, cuyo objeto es erigir la construcción de la felicidad por medio de la razón y la ley. Los sistemas que intentan cuestionarlo tratan con sonidos en vez de sentidos, con caprichos en vez de razón, con oscuridad en vez de luz» (*Sobre el principio de utilidad*).

También en la filosofía continental, la imagen del hombre malvado por naturaleza se desarrolló con cada vez más fuerza. **Arthur Schopenhauer**, con un tono transgresor y provocador, se burlaba así de toda inocencia: «Por naturaleza, el egoísmo carece de límites. El hombre no tiene más que un deseo absoluto: conservar su existencia, librarse de todo dolor y hasta de toda privación. Lo que quiere es la mayor suma posible de bienestar, la posesión de todos los goces que es capaz de imaginar, los cuales se ingenia por variar y desarrollar incesantemente. Todo obstáculo que se alza entre su egoísmo y sus concupiscencias excita su mal humor, su cólera, su odio; es un enemigo a quien hay que aplastar. Quisiera en lo posible gozar de todo, poseerlo todo, y cuando no, querría por lo menos dominarlo todo. “Todo para mí, nada para los demás”, es su divisa». (*El amor, las mujeres y la muerte*).

Para quien todavía piense que la filosofía moderna es optimista, veamos para finalizar lo que dice acerca del tema uno de los grandes mitos del mundo contemporáneo: **Sigmund Freud**. En una de sus obras de madurez, *El malestar en la cultura*, renueva explícitamente la fe en el *homo homini lupus* hobbesiano. En realidad, el verdadero objetivo de Freud es la imagen cristiana del hombre. De ahí que encontremos la reflexión sobre la maldad intrínseca del hombre en el contexto de una pretendida refutación del mandato evangélico de amar al prójimo como

a uno mismo: «¿Por qué tendríamos que hacerlo? ¿De qué podría servirnos? Pero, ante todo, ¿cómo llegar a cumplirlo? (...) Merecería mi amor [el prójimo] si se me asemejara en aspectos importantes, a punto tal que pudiera amar en él a mí mismo; lo merecería si fuera más perfecto de lo que yo soy, en tal medida que pudiera amar en él al ideal de mi propia persona; debería amarlo si fuera el hijo de mi amigo, pues el dolor de éste, si algún mal le sucediera, también sería mi dolor, yo tendría que compartirlo. En cambio, si me fuera extraño y si no me atrajese ninguno de sus propios valores, ninguna importancia que hubiera adquirido para mi vida afectiva, entonces me sería muy difícil amarlo. Hasta sería injusto si lo amara, pues los míos aprecian mi amor como una demostración de preferencia, y les haría injusticia si los equiparase con un extraño. Pero si he de amarlo con ese amor general por todo el universo, simplemente porque también él es una criatura de este mundo, como el insecto, el gusano y la culebra, entonces me temo que sólo

le corresponda una ínfima parte de amor, de ningún modo tanto como la razón me autoriza a guardar para mí mismo». Se ve cómo Freud confunde el amor de caridad cristiano con la falsa filantropía moderna, de modo semejante a lo que le ocurrió antes a Friedrich Nietzsche. Pero lo más llamativo de Freud viene a continuación, cuando afirma: «Existe un segundo mandamiento que me parece aún más inconcebible y que despierta en mí una resistencia más violenta: “Amarás a tus enemigos”. Sin embargo, pensándolo bien, veo que estoy errado al rechazarlo como pretensión aún menos admisible, pues, en el fondo, nos dice lo mismo que el primero». Es decir, el otro es siempre un enemigo o, como diría más tarde Sartre, «el Infierno es el otro». Por eso todo mandato del amor al prójimo es antinatural e imposible de cumplir. Por todo ello concluye Freud: «el hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor, que sólo osaría defenderse si se la atacara, sino, por el contrario, un ser entre cuyas disposiciones instintivas también debe incluirse una

buena porción de agresividad. Por consiguiente, **el prójimo no le representa únicamente un posible colaborador y objeto sexual, sino también un motivo de tentación para satisfacer en él su agresividad, para explotar su capacidad de trabajo sin retribuirlo, para aprovecharlo sexualmente sin su consentimiento, para apoderarse de sus bienes, para humillarlo, para ocasionarle sufrimientos, martirizarlo y matarlo.** *Homo homini lupus*: ¿quién se atrevería a refutar este dicho, después de todas las experiencias de la vida y de la historia?». Para Freud el monstruo que hay en el hombre a menudo está oculto, pero no por eso deja de estar operativo. E incluso a veces se manifiesta en toda su crudeza.

Queda así ofrecida una panorámica sucinta de cómo la filosofía moderna alberga una concepción tremendamente negativa del ser humano. Se trata de una antropología en la que no solo ha desaparecido la posibilidad de la gracia redentora, sino que el fondo mismo de la naturaleza humana se juzga malvado, despreciable y peligroso.

## La primera tentación: «Seréis como Dios»

Vale aquí, sin restricción alguna, la proposición: el objeto del hombre es su esencia misma objetivada. Tal y como el hombre piensa, y siente, así es su Dios; lo que vale el hombre, lo vale su Dios y no más. La conciencia de Dios es la autoconciencia del hombre; el conocimiento de Dios, el autoconocimiento del hombre. Conoce al hombre por su Dios, y viceversa, conoce su Dios por el hombre; los dos son una misma cosa. Lo que para el hombre es Dios, es su espíritu, su alma, y lo que es el espíritu del hombre, su alma, su corazón, es su Dios. Dios es el interior revelado del hombre, el hombre en cuanto expresado; la religión es la revelación solemne de los tesoros ocultos del hombre, la confesión de sus pensamientos más íntimos, la declaración pública de sus secretos de amor.

Ludwig Feuerbach, *La esencia del cristianismo*.

# «Nietzsche: la muerte de Dios es la muerte del hombre»

Pedro del Río de Murtinho

---

*En los escritos de Nietzsche el lector asiste no solamente a una teoría, ni a una comprensión de la historia contemporánea, sino en cierto modo a la tragedia del hombre; no un problema, sino el problema.*

---

## Un pensador de oscura profundidad

**E**s imposible no ver en la vida y pensamiento de Nietzsche un reflejo o una «condensación» del rasgo más crítico de nuestro mundo postmoderno y su destino. El pensador alemán es en cierto modo un profeta que encarnó trágicamente en su vida la máxima contradicción del hombre: su rebelión contra Dios que, como veremos, implica una rebelión contra sí.

Como ha dicho Verneaux, no hay mejor definición del genio del pensador alemán que sus mismas palabras: «Siempre he proyectado en mis escritos mi vida y mi persona enteras, ignoro qué cosa sean los problemas puramente intelectuales»<sup>1</sup>. **En sus escritos el lector asiste no solamente a una teoría, o a una comprensión de la historia contemporánea, sino en cierto modo a la tragedia del hombre; no un problema, sino el problema.**

---

<sup>1</sup> R. Verneaux, *Historia de la filosofía contemporánea*, Herder (Barcelona, 2006) 57.

Como cristianos no es posible recorrer sus escritos sin que provoque una profunda meditación sobre el derrotero de la historia y la situación «límite» en la que nos hallamos como humanidad. El tramo final de la historia de la negación iniciado ante el árbol de la ciencia del bien y del mal<sup>2</sup> de alguna manera se olfatea en las páginas del pensador alemán.

El propósito de este escrito es intentar comprender el ateísmo de Nietzsche y la situación del hombre en la escena posterior a «la muerte de Dios». La intención principal está puesta en entender, a través de Nietzsche, el alcance de «la muerte de Dios» como la tragedia de «la muerte del hombre».

## «La muerte de Dios», ¿una afirmación teórica o práctica?

Un primer equívoco por aclarar es lo que el pensador entiende por «muerte de Dios». ¿Es la «muerte de

---

<sup>2</sup> Cf. San Juan Pablo II, *Signo de contradicción*. BAC (Madrid, 2003) 47.





Friedrich Nietzsche (1844-1900)

Dios» una expresión equivalente a la proposición «Dios no existe» o al imperativo «hay que rechazar a Dios»?

El sentido de esta aclaración estructurará este escrito, porque es de alguna manera el eje central. No entenderíamos que «la muerte de Dios» implica «la muerte del hombre» si no comprendemos qué se entiende por lo primero. Tenemos que transitar desde una aparente «exigencia de verdad» al giro voluntarista de que la misma verdad es el error del hombre.

En Nietzsche late una oposición desde los inicios de su crisis de fe hasta sus últimos escritos. Se trata de la oposición (no exenta de contradicciones) entre enfrentar la dura realidad a costa de la felicidad, o someterse a la creencia de Dios a modo de *placebo*, como una ilusión para escapar del sufrimiento. En una carta de su juventud, en la que su fe protestante se tambaleaba cerca del despeñadero, dice a su hermana que se debe buscar la verdad a toda costa, a pesar de lo «espantosa y repulsiva que pueda ser».<sup>3</sup> No se puede abandonar esta verdad so pretexto de felicidad y reposo del alma.

3 F. Nietzsche, Briefwechsel, cit. en E. Colomer, *El pensamiento alemán de Kant a Heidegger*, t.III. Herder (Barcelona, 2002, 233).

En esta oposición late efectivamente una verdad: no se puede proponer la existencia de Dios o la fe como una garantía para el bienestar del hombre, es decir, como un abandono ciego, una fe al margen de la verdad, como alternativa de la desesperación. No podemos postular la existencia de Dios como exigencia para evitar «la muerte del hombre», sino únicamente siendo un «discípulo de la verdad». Una felicidad a costa de la verdad no es una felicidad humana, porque es una falsa felicidad, un autoengaño, y por lo mismo, una situación de violencia. Si por un absurdo la proposición «Dios no existe» fuese verdadera, sería verdad también, como exigencia para el hombre, el deber de seguir sus consecuencias.

Pero, asimismo, en la disyuntiva planteada por Nietzsche también se esconde el quicio de su postura, la sospecha «de que la verdad ha de ser necesariamente algo espantoso».<sup>4</sup> Desde esta sospecha, la idea de Dios es necesariamente una ilusión arraigada en la necesidad del hombre de revertir el sinsentido de su vida; una creación del hombre cuyos resortes son su debilidad e impotencia. No solo Dios y la fe cristiana, sino también todo intento de trascendencia, todo ideal noble pa-

4 Idem.

rece tener la misma «genealogía», una huida al axioma: «¡En el principio existía el sinsentido!»<sup>5</sup>:

«Fue el hombre quien, para sobrevivir, puso los valores sobre las cosas. Fue él quien creó el sentido de las cosas, un sentido humano. Por eso se llama hombre, es decir, el que valora. Evaluar es crear. Vosotros, escuchad: ¡Sois creadores! Vuestra evaluación convierte en tesoros y joyas las cosas evaluadas. El valor se establece por la evaluación. Sin ella, la nuez de la existencia sería vana».<sup>6</sup>

Por ello, a partir de su libro *Más allá del bien y del mal*, Nietzsche comienza su tarea del desenmascaramiento de los valores occidentales, el rastreo de su origen en el espíritu de esclavos, de masas, de hombres débiles, el desvelamiento de la ilusión de la moral. La obra «que debía servirle de complemento»,<sup>7</sup> según Colomer, es *La genealogía de la moral*, publicada apenas un año después.

### El superhombre y el giro de la negación

Nietzsche sufre en la figura del «insensato» (*Der tolle Mensch*)<sup>8</sup> las inconsecuencias del ateísmo contemporáneo. El insensato es el ateo que no advierte la magnitud del evento de haber borrado a Dios (es una suerte de libertinaje burgués).<sup>9</sup> Nietzsche

5 Ibid., 264.

6 F. Nietzsche, *Zarathustra*, I: Von taugend und einem Ziele, cit. en E. Colomer, op. cit., 265.

7 Ibid., 256.

8 F. Nietzsche, *La gaya ciencia*, Edaf (Madrid, 2011), 185-186.

9 Como dice Polo, «un ateísmo llevado a sus últimas consecuencias, es algo bastante serio: hay que esforzarse mucho para perseverar en el ateísmo; y si el ateo se empeña en seguir consecuentemente puede acabar loco, o pegándose un

sabe que ha llegado la etapa del ateísmo en la historia de la humanidad, pero no se han producido las necesarias consecuencias, no ha surgido el superhombre; «hombres liberados, a los que nada está prohibido», no se ha llevado a cabo la ausencia de prohibición, siguen bajo el peso de algún tipo de moral, de algún tipo de justicia, no han experimentado la realización de un poder sin medida.

En el fondo, teme que el hombre no sea capaz de lanzarse a ese nuevo mar infinito que se le abre; sabe que hay un peso enorme tras ese enorme acto de libertad, porque supone el abandono de todas sus creencias, el suelo firme de su existencia, la garantía de sentido en medio del sufrimiento: «Nunca más rezarás, nunca más adorarás, nunca más descansarás con infinita confianza [...]. Hombre de la renunciación, ¿de todo eso quieres hacer renuncia? ¿Quién te dará fuerzas para ello? ¡Nadie ha tenido aún esa fuerza!».<sup>10</sup>

El superhombre se sobrepone a la muerte de Dios y sus consecuencias, el vacío de su muerte, la carencia de sentido. Pero eso supone una fuerza de voluntad titánica. Tiene que ser capaz de sobreponearse a todos los antiguos valores, a todas sus viejas costumbres, a su ilusoria confianza trascendental. Ser un hombre libre significa ser «capaz de darse a sí mismo el bien y el mal y de imponer so-

tiro». L. Polo, *Obras completas v.XXIV, Estudios de filosofía moderna y contemporánea*, Eunsa (Barañáin, 2015) 304.

10 F. Nietzsche, *La gaya ciencia*, 239.



bre sí mismo como ley su propia voluntad». <sup>11</sup>

Pero tenemos que aclarar el verdadero orden de esta consecuencia. Puede parecer que Nietzsche va del sinsentido y desde la inexistencia de Dios al superhombre. Puede dar la impresión de que, dada la premisa condicional «si Dios no existe, todo está permitido», la permisión de todo —el ir más allá del bien y del mal— es en Nietzsche, una consecuencia de la verdad teórica del antecedente («Dios no existe») y, por lo tanto, la inversión de los valores, una consecuencia lógica. Desde este punto de vista, la «muerte de Dios» cabría entenderla como una verdad teórica. Esta perspectiva puede entretenerse hasta cierto punto en la citada carta a su hermana. La «muerte del hombre» sería una consecuencia necesaria (errónea, pero, al fin

11 E. Colomer, *op. cit.*, 304.

## El ateísmo contemporáneo

Cuando, en el capítulo tercero del Génesis, el maligno dice: «Se os abrirán los ojos y seréis como Dios» (Gen 3, 5), en estas palabras encontramos todo el panorama de la tentación del hombre, del propósito de enfrentarlo con Dios hasta la forma más extrema.

Puede decirse que en la primera etapa de la historia del hombre esta tentación no sólo no fue aceptada, sino que ni siquiera recibió una formulación plena. Pero han llegado los tiempos en que ese aspecto de la tentación del maligno ha encontrado su contexto histórico adecuado. Puede ser que dicho aspecto represente el más alto grado de tensión entre la Palabra y la anti-Palabra en la historia de la humanidad. Semejante concepción de la alienación comporta no sólo la negación del Dios de la Alianza, sino la negación de la idea misma de Dios, la negación de su existencia y al mismo tiempo el postulado —y en cierto sentido el imperativo— de la liberación de la idea de Dios, para afirmar al hombre.

Karol Wojtyła,  
*Sigmo de contradicción*

y al cabo, lógicamente necesaria) de una cierta fidelidad a la verdad.

Aquí es importante entender que en el pensamiento «maduro» nietzscheano se da cierto giro: la inexistencia de Dios no es el punto de partida, sino la permisión de todo. Se podría decir que el raciocinio de Nietzsche es que hay que afirmar necesariamente la condición: «Dios no existe» para afirmar postulatoriamente la consecuente (la omnipermissividad) —como exigencia de vida plena—. Desde este punto de vista, la negación de Dios, «la muerte de Dios», es una afirmación práctica, postulatoria: hay que erradicar a Dios de las conciencias, independientemente de la verdad del asunto:

«Esta es la voluntad que me ha llevado lejos de Dios y de los dioses. Si hubiera dioses, ¿qué quedaría por crear? Pero mi ardiente voluntad de crear me empuja sin cesar hacia los hombres como el martillo hacia la piedra. ¡Ay, hombres, en la piedra dormita para mí una imagen, la imagen de las imágenes! Quiero acabarlo: pues una sombra ha llegado hasta mí... La belleza del ultrahombre llegó hasta mí como una sombra. ¡Ay, hermanos míos! ¡Qué me importan ya los dioses!».

»Pero, para abriros mi corazón de par en par, a vosotros, amigos: si hubiera dioses, ¿cómo soportaría yo no ser Dios? Luego, no hay dioses. He sido yo quien he sacado esta consecuencia, pero ahora ella me arrastra a mí».<sup>12</sup>

Como dice Polo, hasta cierto punto la idea del superhombre o ultrahombre (*Übermensch*) es una idea que estaba asentada de antemano. Para superar al hombre, para llegar al superhombre, hay

que eliminar a Dios. «Yo os anuncio al superhombre. El hombre es algo que debe ser superado. ¿Qué habéis hecho vosotros para superarlo?».<sup>13</sup>

---

*¿Cómo soportar no determinar lo que es bueno y lo que es malo? ¿Cómo soportar no ser la medida de las cosas? Así, se comprende que el ateísmo de Nietzsche no es un ateísmo «teórico», sino un profundo voluntarismo.*

---

Para comprender la inferencia de esta conclusión y la emergencia del superhombre hay que comprender la diferencia esencial entre el orden de la contemplación y la creación. El contemplativo se enfrenta a un orden de cosas como algo que no hace, sino que solo considera. Desde este punto de vista, le corresponde al contemplativo cierta pasividad: es el orden de cosas el que «mide» al contemplativo. En cambio, el creativo se enfrenta al orden de cosas como algo que él produce en ellas. El creativo es eminentemente activo, él mide las cosas, y éstas son medidas por él.

En una actitud en la que las cosas (el bien, lo justo, lo verdadero, lo bello) preceden al hombre, hay una eminencia del orden contemplativo, y, por lo mismo, una visión del mundo en la que el hombre es un ser condicionado, finito, espectador, que asiste a un mundo fundamentalmente ya constituido por un ser superior, absoluto, incondicionado, verdaderamente creador.<sup>14</sup>

Nietzsche pone una eminencia en el crear,<sup>15</sup> y por lo mismo, su mayor resistencia es el fundamento de ese orden de cosas que él no hace, sino que solo considera: es decir, Dios. ¿Cómo soportar no determinar lo que es bueno y lo que es malo? ¿Cómo soportar no ser la medida de las cosas? Así, se comprende que el ateísmo de Nietzsche, no es un ateísmo «teórico», sino un profundo voluntarismo.

### **El superhombre y la obligatoriedad del mal**

En *Así habló Zaratustra*, Nietzsche habla de las tres transformaciones que debe llevar a cabo el hombre que vive en este momento de la historia: «os indicaré las tres transformaciones del espíritu: cómo el espíritu se convierte en camello, el camello en león y el león finalmente en niño».<sup>16</sup> Explica Colomer que el camello es el hombre que adora, se inclina y reverencia Dios y la ley moral. El león es aquel que substituye la ley establecida por su voluntad, reemplaza el «tú debes» por el «yo quiero». Es una libertad negativa, ciega a los valores. El niño es el hombre que dicta nuevos valores, el que experimenta

---

15 «La mirada objetiva de la filosofía puede ser con esto un signo de pobreza de la voluntad y la fuerza. Pues la fuerza organiza lo próximo y lo más cercano: los «conocedores», que solo quieren comprobar lo que es, son quienes nada pueden fijar acerca de cómo debiera ser. —Los artistas, un tipo intermedio: ellos establecen por lo menos una metáfora de lo que debiera ser, —son productivos en la medida en que cambian y transforman realmente; no como los conocedores, que dejan todo como es». F. Nietzsche, *Sobre arte y artistas*, Ediciones Tácitas (Santiago, 2018) 33.

16 F. Nietzsche, *Vorrede* 4, cit. en E. Colomer, op. cit., 304.

12 F. Nietzsche, *Zarathustra*, II: *Auf den glückseligen Inseln*, cit. en E. Colomer, op. cit., 276.

13 F. Nietzsche, *Vorrede* 3, cit. en E. Colomer, op. cit., 303.

14 Ibid., 277.

el juego del crear. El niño es un nivel que parece solo alcanzarlo los grandes hombres, una raza aristocrática; no las masas, débiles, e incapaces de sobreponerse al nihilismo. ¿Quién es esta raza de grandes señores? Los que van más allá del bien y del mal, los que se miden sólo por su poder y en él se gozan, es el guerrero, el que no se deja llevar por una supuesta verdad, el que no se deja rendir por la piedad y la misericordia: «esta es la nueva tabla que promulgo para vosotros: volveos duros»;<sup>17</sup> «¿Quién alcanzará algo grande si no tiene la fuerza y la voluntad de infligir grandes sufrimientos?»;<sup>18</sup> «No sucumbir ante los ataques de la angustia íntima y de la duda turbadora cuando se causa un gran dolor y se oye el grito de este dolor, esto sí es grande»;<sup>19</sup> «He santificado la risa; hombres superiores, aprended a reír»;<sup>20</sup> «*La preferencia por cosas dudosas y terribles es un síntoma de fuerza*; mientras que el gusto por lo bonito y lo gracioso le pertenece a los débiles y delicados».<sup>21</sup>

17 F. Nietzsche, cit. en R. Verneaux, *Historia de la filosofía contemporánea*, 66.

18 Idem.

19 Idem.

20 Idem.

21 F. Nietzsche, *Sobre arte y artistas*, 37.

Con estas últimas notas se aprecia que la premisa condicional «Si Dios no existe, todo está permitido», ha experimentado una nueva radicalización: «Si Dios no existe, el mal es obligatorio».<sup>22</sup> Y si lo comprendemos desde la óptica de la negación postulatoria antes señalada, entonces la formulación correcta de la muerte de Dios es: «para erradicar plenamente a Dios, para asesinarlo verdaderamente, hay que obrar necesariamente el mal». Para caminar por más allá del bien y del mal, hay que obrar necesariamente el mal, porque lo «bueno» es el signo de allí constituido como precedente a la libertad humana, y su apetición, un signo de la esclavitud de nuestra conciencia. Para crear hay que destruir lo ya determinado, hay que obrar el mal, ser capaz de obrar el mal y aceptar sus consecuencias, ser capaz de la crueldad y superar el tormento de la conciencia –que sigue siendo esa huella de Dios en nosotros, un sentido del bien y del mal como valores absolutos–.

Se ve entonces cómo hay que entender «la muerte de Dios» en Niet-

22 J.M<sup>a</sup>. Petit, Si «Dios no existe»... el mal es obligatorio, en *Cristiandad* n.561-562, 269-273.

zsche, y cómo lleva esto a la «muerte del hombre». Hay que negar a Dios para afirmar al superhombre, pero esto supone demoler a martillazos todo lo que se haya constituido como previo a su libre acción creativa, rechazando en primer lugar la verdad, que es la «ventana» por así decirlo del contemplativo hacia el sentido de las cosas, luego el sentido del bien y del mal obrando necesariamente el mal, mediante el ejercicio de la guerra, la destrucción, la crueldad; «lo bello existe tan poco como lo bueno, lo verdadero. En particular se trata otra vez de las condiciones de preservación de un cierto tipo de ser humano». La verdad es el error fundamental del hombre, pero a la vez una necesidad. Hay que superar entonces al hombre. Como dice Polo: «La visión de Nietzsche es nítida. La muerte del hombre es inseparable de la muerte de Dios».<sup>23</sup> La negación de la existencia de Dios ya no es aquella primera impresión que recibimos de los primeros escritos del pensador alemán: una exigencia de la verdad. Aquí se trata de la simple voluntad de poder, porque no se soporta no ser Dios.

23 L. Polo, op. cit., 304.

## Vivir según Dios es vivir en la verdad

Cuando el hombre vive según el hombre, y no según Dios, es semejante al diablo. Ni siquiera el ángel debió vivir según el ángel, sino según Dios, para mantenerse en la verdad y hablar la verdad que procede de Dios, no la mentira, que nace de su propia cosecha. Del hombre dice el mismo Apóstol en otro lugar: «Si es que se manifestó la verdad de Dios en mi mentira. Llamo a lo mío mentira, y verdad a lo de Dios». Y así, cuando el hombre vive según la verdad, no vive según él mismo, sino según Dios, pues es Dios quien dijo: «Yo soy la verdad». Pero cuando vive según él mismo, según el hombre, no según Dios, vive según la mentira.

San Agustín, *La Ciudad de Dios*, libro XIV, cap.4

# El hombre moderno: desvinculado y dependiente del Estado

Emili Boronat Márquez

---

*Al desarraigar los actos de la razón, de la memoria, de la moral, de la cultura y de la religión, queda el hombre entregado a sus pasiones. Hemos renunciado a considerar estos actos supremos del espíritu humano como lo más noble de la naturaleza creada, la huella sublime de Dios, su llamada en el corazón del hombre y de los pueblos, para reducirlos a un mero constructo artificial y relativo.*

---

## Del racionalismo al panteísmo

**E**NTRE los personajes cuya influencia ha sido determinante en el devenir de la historia y de la cultura occidental, destaca el ginebrino **Rousseau**. A pocos como a él se les podría atribuir el título honorífico de padres fundadores de la modernidad, tal vez junto a **Descartes** y a los empiristas y emotivistas ingleses, como **Locke** y **Hume**. Aunque unos y otros reciben en mayor o menor grado ideas que años atrás **Galileo**, **Bacon**, o **Maquiavelo**, ya pergeñaron, es el **Siglo de las Luces** el que dará forma más clara y radical a un pensamiento nuevo, más sistematizado, primero a través de **Kant** y, poco después, en la obra de **Hegel**. Estas nuevas ideas contarán con una difusión propagandística desconocida hasta la época. Ideas que podríamos llamar de laboratorio, intuitas junto a la estufa, como **Descartes**, o en una oscura taberna de **Ámsterdam**,

puliendo lentes de amatista, como el marrano **Spinoza**, ganándose la vida en su permanente destierro, ideas de hombres solitarios que, de repente, se recogen, se sistematizan, se ordenan temáticamente en esa gran obra de la refundación de Occidente que es la *Enciclopedia*. Esta va a ser la función mesiánica de la *Enciclopedia* y de sus profetas: llevar a todas las gentes por el camino redentor de la sola razón, liberada de los errores de la tradición y de las supersticiones de la fe. Pero si la razón es lo más perfecto de la naturaleza, he aquí ya contenida la semilla de una nueva forma de naturalismo: si esa misma razón es una de las múltiples manifestaciones de la fuerza generadora de la naturaleza, se desprende la primacía de la naturaleza sobre la razón. Así asistimos al espectáculo de las contradicciones de una modernidad encerrada en sí misma: del hiper racionalismo cartesiano, llegamos al hiper irracionalismo romántico. **Rousseau** sería el hombre

de esa transición. Sin Dios, sola razón, o sola naturaleza. Dicho de otro modo, la razón es Dios, la naturaleza es Dios. He aquí los monstruos de las ensoñaciones de la diosa razón.

Por primera vez en la historia de Europa se llevan ideas nuevas desde las celdas a las tertulias, desde las cátedras a los cafés, desde las escondidas alcobas de pensadores solitarios a las logias, a las imprentas y a las asambleas, a la pública representación teatral, a la novela leída en la intimidad y a los periódicos y hojas volanderas. Las almas y los espíritus del hombre medio de la calle, de las ciudades pujantes en conocimientos, viajes y riquezas, se inundan de una inquietud que va a empezar a sembrar un inconformismo de raíz, pero que quedará escondido bajo la ensoñación ilusoria de poder hacer nuevas todas las cosas. No mucho tiempo después, ese inconformismo, desasido de toda realidad, desengañado por los fracasos trágicos de los sueños de las Luces, abocará a un nihilismo desesperanzado y hasta resentido frente a la realidad misma. Pero ese será ya el drama para las cenizas del fracaso de la modernidad.

**Juan Jacobo Rousseau**, de infancia triste y vida tortuosa, es un hombre satisfecho de sí mismo, consciente de haber recibido una iluminación, que será el origen de su carrera: en una mañana de octubre, camino de Vincennes, para visitar a su amigo Diderot, encarcelado. Referirá esa experiencia inspiradora a lo largo de su vida. De camino, leerá la propuesta para el concurso de la Academia de Dijon en el *Mercur de France*, «Si el restablecimiento de las artes y las ciencias han contribuido a depurar las costumbres». Escribe Rousseau en una carta de 12 de enero de 1762 a Malesherbes:

«Justo en esta lectura vi otro universo y me convertí en otro hombre (...) Todo lo que he podido retener de esa multitud de grandes verdades, que en un cuarto de hora me iluminaron bajo ese árbol, ha sido débilmente esparcido en los tres escritos míos principales, a saber, ese primer discurso, el dedicado a la desigualdad y el tratado de la educación, tres obras que son inseparables y forman juntas un mismo todo».

Se trata del *Discurso sobre las ciencias y las artes*, *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* y, finalmente, *Emilio*.

### **Cultura frente a naturaleza**

El primer *Discurso* contiene programáticamente la idea que va a dirigir toda su obra: el progreso de la civilización ha vuelto al hombre malo y desdichado, en la medida que se ha ido desarrollando la cultura, el hombre se ha ido extraviando al apartarse de la naturaleza. He aquí la dicotomía: **cultura frente a naturaleza**. La naturaleza aparece como fuente de bien; la cultura, como un artificio, una mera convención, un desvarío, un alejamiento de la fuente de autenticidad.

De esta tesis fundamental, que tanto tendría que penetrar las opiniones de las gentes, derivan dos constantes en la mentalidad del hombre moderno. La sospecha permanente sobre la cultura y la tradición, especialmente la de raíz clásica y cristiana. En segundo lugar, la premisa de que el hombre puede ser recreado a partir de una educación cuya única fuerza provenga sólo de la propia naturaleza, no de la transmisión del maestro. Es evidente que la atmósfera *woke* que nos envuelve es una realización excelente de ese postulado. Marx, Nietzsche y Freud, hijos

espirituales de Rousseau, serán los arietes de esa actitud revolucionaria y resentida que impregna la cultura contemporánea. He aquí la genealogía de lo que se denomina la cultura de la izquierda (y de la derecha liberal, entregada a ella).

Si Descartes postula que el hombre, con su sola razón, y partiendo de intuiciones ciertas y seguras, avanza firme por el camino de la verdad, Rousseau, por el contrario, afirma que hubiera sido preferible que el hombre permaneciera siempre como niño, en proximidad con su estado natural originario. Se trata de un niño que nunca debió volverse sabio. Uno y otro renuncian a esperar que el hombre pueda recibir nada de otros, de la tradición, de sus padres, de sus maestros, de la cultura.

La naturaleza para Rousseau constituye el reino de la necesidad. En ésta todo sucede como manifestación de la perfecta armonía. Ningún ser, ni planta ni animal, toma para sí más de lo que necesita. Satisfecha su necesidad, todo ser, también el hombre, mantiene ese admirable equilibrio que la cultura, la sociedad han venido a alterar. Con su ansia de dominio, su codicia, su insaciable avidez de bienes, de placer, de innecesaria seguridad, destruye, desequilibra, degrada. No sólo altera el orden natural, sino que justifica su acción por una especie de erróneo mandato de progreso, de desarrollo de su humanidad, personal y social: la falsa creencia de que el hombre tiene un destino histórico que se realiza por la cultura. He aquí el descabellado mandato: «Creced, multiplicaos y dominad la tierra». Ese es el origen de todos los males: la desigualdad, la ansiedad, el sufrimiento y, como no, la destrucción del planeta, como decimos hoy. El hombre de la cultura es un extraño frente al orden natural,

una desvirtuación del principio de la vida, que procede de la sola naturaleza. De hecho, la naturaleza no necesita del hombre, pues contiene todo en sí misma. La naturaleza aparece, así como un todo, perfectamente acabado, origen y final, norma y medida de toda actitud, de todo obrar, de toda humanidad. Aunque Rousseau hable en alguna ocasión del hombre «salido de las manos del Hacedor de todas las cosas», como del hombre en estado puro, su pensamiento es más bien de orden panteísta, pues el principio divino y la naturaleza se confunden. Ni hay origen distinto del que la naturaleza produzca, ni hay destino sobrenatural. Esa es la clave de esta, por llamarla de algún modo, metafísica de la naturaleza.

¿No es esto lo que día tras día escuchamos sobre el desarrollo sostenible, la consideración del hombre como cáncer de la Tierra, el equilibrio del planeta como criterio para el brutal control demográfico, la paulatina substitución de hijos por mascotas, con una justificación pretendidamente moral mientras se destruyen millones de vidas humanas antes de nacer?

### La concepción del hombre en el *Emilio*

El hombre ya no es fruto de un acto creador por el que Dios le infunde una condición espiritual a su

imagen y semejanza. Para el ginebrino el alma espiritual procede de la propia naturaleza. Es una más de sus múltiples manifestaciones. No la más excelente. Tampoco el hombre, situado soberanamente por encima de la creación por decisión de Dios, debe cumplir el mandato de crecer y dominar la tierra, como quien, a pesar de estar formado del barro de la tierra, no perteneciera a ésta. Tampoco contempla Rousseau la caída original por un acto de voluntad plenamente libre de nuestros primeros padres. El mal, pues, no es un desorden que el hombre introduce en el orden creado, ajeno, extraño al plan original querido por Dios. El pecado no es haberse apartado de Dios, sino de la naturaleza. No es por un acto de voluntad libre, que prefiere el fin para el que no ha sido creada, sino el acto mismo de la voluntad, de la que procede por degeneración la cultura, la moral y todos los proyectos de los hombres: querer, he aquí el error: la voluntad, la razón. El hombre debe dejarse llevar por el instinto y la emoción primera de una naturaleza pura y buena en sí misma.

El hombre por excelencia está encarnado en el niño en estado puro, sin desarrollo de su inteligencia racional por acción de la educación, de la sociedad, de la religión. Es de la cultura, de lo que el niño debe ser preservado, para que, de modo espontáneo, natural, movido por sus intereses y natu-

rales inclinaciones, vaya autorrealizándose según la ley de la naturaleza.

A la creación de este hombre nuevo responde el *Emilio o de la educación*, obra fundacional de la ideología pedagógica moderna. Sería una opinión más sino fuera porque de ser una propuesta, ha resultado una profecía realizada: lo que hoy se considera un fracaso de la escuela, registrado año tras año por informes internacionales, es en realidad una conquista, un logro realizado del proyecto roussoniano ejecutado calculadamente desde el poder del Estado. Para liberar al hombre, se tenía que rechazar absolutamente la transmisión de los conocimientos, de la tradición, de la cultura, de lo que se denomina «un sistema de valores». El ideal es no enseñar nada a los niños, pues sólo así guardarán su inocencia. Lo que se les transmita crea la red de trampas y engaños que, al introducirse en la vida social, los hará más depravados. Cuánto menos sabios, más humanos. De ahí la primacía de los intereses del niño por encima de la transmisión de saberes –considerados inútiles–, de la experiencia por encima del libro y de la palabra. ¿Qué decir, pues, de esa religión, que pretende ser verdadera, fundada en la transmisión de una palabra revelada y encarnada, recogida en un libro, como postula Rousseau, en la célebre «profesión de fe del vicario saboyano», contenida en el *Emilio*?

## La religión del hombre que se ha hecho Dios

El humanismo secular profano acabó por adquirir una estatura terrible y, en cierto sentido, desafió al Concilio. La religión del Dios que se hizo hombre se encontró con la religión (porque eso es lo que es) del hombre que se hizo Dios.

Pablo VI, alocución al Concilio Vaticano II, 7 de diciembre de 1965: AAS 68, 1966, p. 55

Resulta, pues, evidente, **que la primera condición de esta educación naturalista y anticultural será la de apartar al niño de sus padres.**

La autoridad parental es una prisión de la que hay que liberar al niño, para evitar todos los determinismos, familiares, étnicos, sociales y culturales. De hecho, todo supuesto de autoridad está en sí misma bajo sospecha. ¿Recordamos las palabras de la ministra de turno «los hijos no pertenecen a los padres»? El preceptor mismo es un mal necesario. Contrario a todo sentido común, no debe ser adulto y sabio, mejor joven, así todavía muy poco influenciado por la cultura y más próximo a la sabiduría natural. Querría que fuese él mismo un niño, si fuese posible, que pudiese llegar a ser el compañero de su alumno y que lograrse su confianza compartiendo sus diversiones (*Emilio*, libro I). He aquí una legión de jóvenes monitores, anti-sistema, siempre alternativos, «educando» a niños en colegios, *esplais* y ámbitos extraescolares. También ya en las aulas vistiendo como un ado-

lescente más. ¡Curiosa la exaltación de la juventud en nuestras sociedades totalitarias y decadentes!

### **Emilio, un hombre sin ningún vínculo**

El mismo año que el *Emilio*, se publica *El contrato social*. Como el alumno ha aprendido a no ser un súbdito sumiso y obediente, la pedagogía lo habrá preparado para ser un ciudadano libre. La democracia exige la destrucción de toda posible relación fundada en la autoridad, sólo obediencia a las leyes. De ahí el poder absoluto de la ley, emanada de la voluntad general, por encima de cualquier forma de pleitesía hacia la ley moral, las costumbres y, por supuesto, la fe.

Al desarraigar los actos de la razón, de la memoria, de la moral, de la cultura y de la religión, queda el hombre entregado a sus pasiones. Hemos renunciado a considerar estos actos supremos del espíritu humano como lo más noble de la naturaleza creada, la huella sublime de Dios, su llamada en el corazón del hombre y de los

pueblos, para reducirlos a un mero constructo artificial y relativo.

He aquí, finalmente, al hombre nuevo de Rousseau:

Emilio no tiene más que conocimientos naturales y puramente físicos. No sabe el nombre de la historia, ni lo que es la metafísica o la moral. Conoce las relaciones esenciales del hombre con las cosas, pero nada de las relaciones morales del hombre con el hombre. Apenas sabe generalizar ideas, o hacer abstracciones. Ve cualidades comunes en ciertos cuerpos sin razonar sobre esas cualidades en sí mismas (...) No busca en absoluto conocer las cosas por su naturaleza sino solamente por las relaciones que le interesan. No aprecia lo que le es extraño más que en relación con él (...) se considera sin tener en cuenta a los otros y encuentra bueno que los otros no piensen nada de él. No exige nada de nadie y no cree deber nada a nadie. Está solo en la sociedad humana; sólo cuenta con él mismo (*Emilio*, libro III).

El nuevo Caín: «¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?»

## La Modernidad emancipada

De esta manera la perturbadora herejía, que consiste, por un lado, en negar el pecado original, y por otro, en negar que el hombre está necesitado de una dirección divina, conduce primero a la afirmación de la soberanía de la inteligencia y luego a la afirmación de la soberanía de la voluntad, y, por último, a la afirmación de la soberanía de las pasiones; es decir, a tres soberanías perturbadoras.

(...) Todos estos errores, en su variedad casi infinita, se resuelven en uno sólo, el cual consiste en haber desconocido o falseado el orden jerárquico, inmutable de suyo, que Dios ha puesto en las cosas. Ese orden consiste en la superioridad jerárquica de todo lo que es sobrenatural sobre todo lo que es natural, y, por consiguiente, en la superioridad jerárquica de la fe sobre la razón, de la gracia sobre el libre albedrío, de la Providencia divina sobre la libertad humana y de la Iglesia sobre el Estado; y, para decirlo todo de una vez y en una sola frase, en la superioridad de Dios sobre el hombre.

Donoso Cortés, *Carta al cardenal Fornari*, 18 de junio de 1852



# El olvido de Dios, la muerte del arte

Miguel M<sup>a</sup> Jiménez de Cisneros

---

*Si por el olvido de Dios vino la muerte del arte, por el reconocimiento del Creador y Redentor vendrá un renacimiento de las manifestaciones artísticas, de tal modo que estas transmitan, de forma genial, toda la grandeza que están llamadas a comunicar.*

---

**Q**UIEN a Dios tiene nada le falta, solo Dios basta». Estos conocidos versos de santa Teresa de Jesús (1515-1582), que tan verdaderos son para la vida personal, también lo son para la vida social. Porque quien tiene a Dios lo tiene todo, y quien carece de Dios, carece de todo. Aquel «todo lo estimo basura con tal de ganar a Cristo», del apóstol Pablo, expresa esta honda convicción: en Dios está la Vida, fuera de Él solo hay muerte.

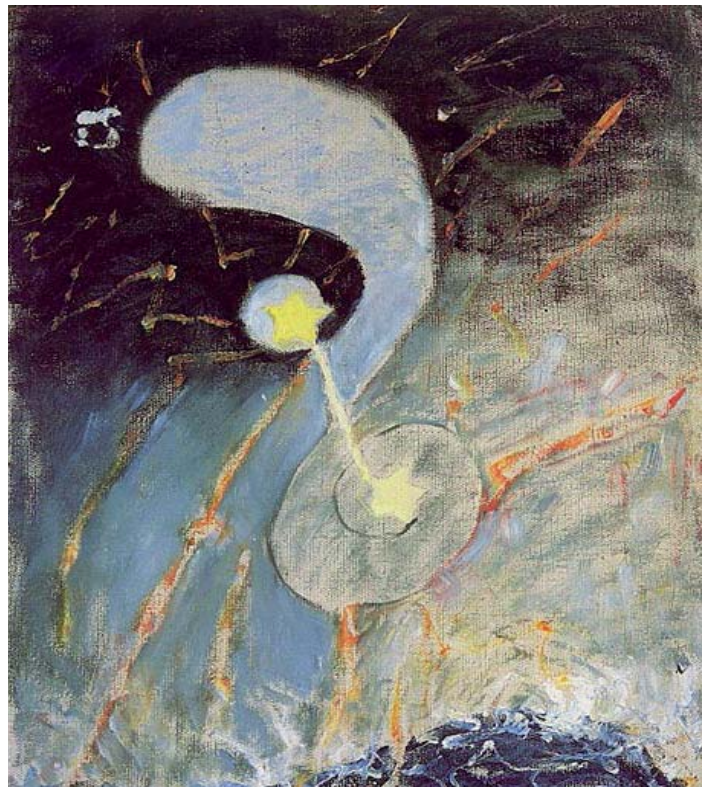
Esto, que podemos ver en la vida personal, también es perceptible en la vida social: cuando las realidades temporales se ordenan a Dios, éstas se hacen fecundas y luminosas; cuando, por el contrario, se alejan de Él, se tornan estériles y oscuras. Así lo observamos en la política, la economía, la cultura...

Diversos han sido los autores que, de una forma u otra, lo han señalado. Un buen ejemplo fue, ya hace décadas, **Hans Graf Huyn**, autor del libro *Seréis como dioses* (cuya lectura recomendamos vivamente). En él, este autor marca cuatro momentos históricos en los que el hombre se ha ido alejando de Dios, y ello ha tenido

consecuencias en todas las esferas de la vida personal y social, hasta llegar a nuestra época. Estos cuatro momentos fueron el Renacimiento italiano, la Ilustración, la Revolución francesa y los comienzos del siglo xx.

**Veámoslo de forma sintética en el arte, centrándonos en la arquitectura, la música y la pintura.** Cuando el arte mira a Dios, se eleva y engrandece; cuando le da la espalda, se degrada y envilece. Cuando el arte mira a Dios aflora la belleza, y el hombre encuentra su plenitud; cuando el arte se aparta de Dios se marchita la belleza, y también la imagen que el hombre tiene de sí mismo.

En concreto, la ruptura del hombre moderno con Dios ha traído la degradación no ya de las formas políticas, con el inicio de una época marcada por el conflicto permanente y los totalitarismos, sino también la de las formas artísticas, propiciando el paso de una era de continua búsqueda de la belleza (pensemos en el gótico y el barroco, como casos paradigmáticos) a una de confusión y fealdad como patrones del «arte» (basta echar un vistazo a la producción artística predominante del último siglo).



*Chaos n.º 2*, de Hilma af Klint (1906)

## Arquitectura

En el origen del arte podemos ver dos motivaciones: el culto a Dios y la honra a los difuntos. Así vemos cómo la arquitectura, «el arte originario, adoración a Dios que se materializa en piedra», desde los tiempos antiguos, ha crecido con la mirada hacia Dios: pirámides en Egipto, templos en Grecia, iglesias, monasterios y catedrales en la Cristiandad... Por supuesto junto a otras manifestaciones, pero siempre teniendo a éstas como el culmen de belleza y magnitud.

Con el Renacimiento aparecen los primeros síntomas diferenciales, pero es en la Ilustración donde la ruptura se hace más evidente: a partir de entonces se tiende a lo abstracto, se impone la forma geométrica: «ya la edificación no debe ser una corporeización sensitiva –porque esto ahora es tachado de impuro y engañoso– sino un exponente del pensamiento en el sentido de

una expresión abstracta» (**Baumgarten**).

Esta geometrización y este predominio de lo abstracto abonaron el terreno propicio para edificaciones frías y alejadas del hombre, donde podemos englobar la gran mayoría de las realizaciones en este campo, tanto en lo que atañe a viviendas como a los propios edificios públicos: pensemos en las sedes de la administración, en los centros comerciales, edificios de oficinas... y también, por desgracia, no pocos templos.

De igual modo, en los siglos recientes, de forma paulatina, «avanza un declinar cualitativo de las obras cuya expresión arquitectónica se ve absolutizada en cada caso y elevada a la condición de ídolo. Al principio estuvieron las iglesias, junto a los mausoleos y los palacios; siguieron los museos, teatros, recintos de la bolsa y estaciones ferroviarias, y al término de todo vendrían las salas de máquinas».

Es decir, nos encontramos con un modo de construir alejado de Dios y del propio hombre, donde la belleza ha ido menguado con el correr del tiempo, y al mismo tiempo cómo las jerarquías dentro de la propia ciudad han ido cambiando: si en una ciudad del siglo XIII, por ejemplo, quedaba clara la preeminencia del templo respecto al resto del conjunto urbano, en una del siglo XXI, por lo general, son los rascacielos y/o edificios de ocio (centros comerciales, estadios deportivos...) los que acaparan el protagonismo. Es,

sin duda, una materialización de la inversión cultural que se ha producido en la modernidad con respecto a los siglos precedentes.

Y, de esta forma, podemos afirmar que una ciudad sin Dios es una ciudad sin belleza. Cualquiera puede apreciar la correlación, y quien tenga una mirada despierta, la causalidad.

## Música

Como escribe Hans Graf Huyn, «la música es oración. En la música se expresa del modo más intenso el desenvolvimiento del espíritu occidental. La unisonancia dentro de la armonía y la polifonía funde su propia historia con la historia de Occidente (...) Así como lo fue la arquitectura y otras manifestaciones del arte, la música en su origen constituyó una forma de alabar a Dios».

De hecho, **Johann Sebastian Bach** ya afirmó que «el sentido y la causa final de toda música no puede consistir sino en dar gloria a Dios y recrear el ánimo. Cuando a esto no se atiende, en lugar de existir música verdadera hay solamente estridencias y murgas demoníacas».

Por su parte, recuerda el propio Hans Graf Huyn que «Goethe consideró la santidad de la música eclesiástica como uno de los ejes, junto con la alegría de los aires populares, en torno a los que gira la verdadera música».

Prueba de todo esto es una larga tradición musical que alcanzó hermosísimas cotas de belleza con el canto gregoriano, el polifónico, la obra de compositores como Bach, Mozart, Vivaldi... y un largo y aún abierto etcétera.

Frente a ello, la Ilustración comenzó a secularizar la música, de tal manera que dicha música «no ha

de servir ya para dar gloria a Dios, sino para imitar a la naturaleza, despertar sentimientos y hacer una reproducción de sonos y ruidos sin afectividad». Con compositores de la fama e importancia de **Beethoven o Wagner** se trazó una senda que conduce a la situación en la que nos encontramos hoy: una producción musical que, alejada de Dios, se ha alejado de la belleza de la armonía, y por supuesto de la belleza de las propias letras. Con cuánta frecuencia constatamos actualmente el predominio de estilos musicales que, lejos de elevar la mirada del corazón del hombre hacia lo alto, lo conducen a excitar sus pasiones y vicios; lejos de serenarlo y centrarlo, lo dispersan, turban y aturden. Lo que en la arquitectura veíamos, también observamos en la música, en términos generales.

## Pintura

Un proceso similar al de la arquitectura y la música podemos constatar en el campo de la pintura. ¿Acaso no hemos sido testigos de la belleza que han sido capaces de plasmar en sus obras numerosos pintores a lo largo de la historia? Pensemos, por ejemplo, en pintores de nuestra tierra: Murillo, Velázquez, Zurbarán, entre otros tantos. Antes de ellos tenemos los frescos anónimos del románico, las miniaturas de los códices medievales, el trabajo de los vitrales de las catedrales... Antes y después, como en paralelo, tenemos los tapices, las esculturas, la orfebrería...

Aquí, igualmente, con el Renacimiento empieza a cambiar la situación: ahora asumen un papel diverso, cobrando protagonismo, temas profanos y de mitología clásica, la mirada comienza a ser dife-

rente. Sin duda, e igual sucede en la arquitectura y en la música, asistimos todavía a grandes realizaciones técnicas e incluso temáticas, pero se dejan entrever otras orientaciones, diferentes a la tradición previa.

Con todo, será en el XVIII cuando veamos de forma latente la ruptura: «**Francisco de Goya: éste será el pintor que emprenda una revolución en la pintura**». Esto lo vemos cuando en dos series de pinturas, *Sueños*

---

*Cuando el arte mira a Dios, se eleva y engrandece; cuando le da la espalda, se degrada y envilece. Cuando el arte mira a Dios aflora la belleza, y el hombre encuentra su plenitud; cuando el arte se aparta de Dios se marchita la belleza, y también la imagen que el hombre tiene de sí mismo.*

---

y *disparates*, «hacen irrupción los componentes demoníacos». Como dice Hans Sedlmayr: «es la primera vez que un artista describe abiertamente y sin reparos el mundo de las cosas desprovistas de lógica. Sueños y disparates son las series que revelan el secreto, no sólo de su obra, sino, más ampliamente, de la esencia del arte contemporáneo».

Y así, Hetzer nos hace ver cómo Goya nos muestra al hombre, «brutalmente, no ya como una imagen de Dios, sino desposeído de lo humano; y, si es un hombre muerto, como cuerpo cadavérico del que hay que deshacerse». Después de Goya van sucediéndose diversos pintores que, en su rechazo a Dios, confieren al arte y al artista (a los que divinizan), una misión salvadora. Pero el resultado de la «muerte de Dios»

será la «muerte del arte»: «cuando el **expresionismo** trastorne la realidad, vendrá el cubismo a desarticlar la forma; el **dadaísmo** a constituirse como el arte del absurdo, y el **surrealismo** a perforar las capas de lo abisal y lo inconsciente». Por solo mencionar algunas de las principales corrientes artísticas del siglo xx.

Son iluminadoras las palabras de Othmar Spann: «El haberse perdido la fe en la inmortalidad [en los tiempos recientes] es en la historia un hecho espiritual de cuya trascendencia no podemos hacer un aprecio suficiente. En ello está la clave que permite comprender todo el decurso cultural de la Ilustración; especialmente la historia del arte del siglo y medio precedente, y más en particular de los cincuenta últimos años, que han visto el hegemónico dominio del llamado «modernismo» en el arte: interna vaciedad; rudeza y a la vez marrullería en las producciones; ahogamiento de lo bello con la estimulación de los sentidos y apetitos, y, en fin y sobre todo, irrupción de lo morboso... Pero hay que decir algo todavía, y es que, con lo morboso, aparece a menudo lo siniestro. Con esto se descubre por completo la postrera estación del desmoronamiento del arte: el satanismo».

De un modo u otro, todos tendremos presente hasta qué punto se ha degradado la pintura actual, oscureciéndose, no ya la imagen de Dios, sino la del propio hombre, siendo ausentes el rostro, la belleza, la armonía... Y así, como causa y consecuencia de esta degradación, ha venido acompañada una degradación del propio hombre, convertido en mercancía artística en no pocas ocasiones (*body-painting, performances, pornografía*...).

### Volver a Cristo, volver al arte

Lo que constatamos en los ámbitos mencionados, y en otros también, es un olvido de Dios de funestas consecuencias. Dicho esto, ¿hay razones para la esperanza? En primer lugar, quede claro que, gracias a Dios, a pesar de las tendencias predominantes, se han ido realizando verdaderas obras artísticas en estos últimos siglos que merecen dicho calificativo de forma plena. En segundo lugar, hay que añadir que sí hay razones para la esperanza. ¿Cuáles? La vuelta a Cristo. En la medida en que los hombres reconduzcan su mirada y contemplen el rostro de Jesús, y su Corazón que ama a los hombres, redescubrirán, junto con la verdad y el bien, la belleza.

Así, es hermoso y acertado pensar que, junto a una restauración de Cristo en los corazones de los hombres, las familias y las naciones, se producirá, en efecto, un renacer de los diversos ámbitos de la vida personal y social. ¿Cómo podría ser de

otro modo? Si por el olvido de Dios vino la muerte del arte, por el reconocimiento del Creador y Redentor vendrá un renacimiento de las manifestaciones artísticas, de tal modo que éstas transmitan, de forma genial, toda la grandeza que están llamadas a comunicar.

En términos parecidos se expresa **Othmar Spann**: «La pérdida de la fe en la inmortalidad, en cuanto es para el arte perder la ligazón con lo anterior, nos instruye no sólo acerca del pasado, sino también y aún más respecto a los deberes del presente. La reconstitución del arte se nos muestra tarea infinitamente ardua, que no podrá empezar directamente en el mundo de lo artístico, sino que partirá desde sus presupuestos espirituales. Se ve con claridad dónde hay que disponer la palanca. Sin una conversión profunda, sin una orientación metafísica de todas las labores formativas, sin un restablecimiento del hombre nunca se logrará una remodelación del arte.

El hombre necesita volver a pensar en su grandeza. Tan sólo por virtud de esa grandiosa realidad que el hombre es, como ser enraizado en lo divino y portador de una misión en la tierra, podrá también el arte elevarse al nivel del ideal».

Contemplando a Cristo, Camino, Verdad y Vida, el más bello de los hombres, podrá el arte resurgir con nuevo esplendor, y así podremos admirar una nueva belleza en nuestras ciudades, en la música que acompaña nuestro día a día, en la pintura que plasma la realidad que, de un modo u otro, podemos contemplar, y en el resto de esferas de la producción artística<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Las citas de los diversos autores pueden encontrarse en las páginas de la edición española *Seréis como dioses* (El buey mudo, 2010) con el siguiente orden, respectivamente: p 80, 86, 92, 99-101, 98, 101, 111, 138, 139, 139, 140, 145, 152, 312. En las que no se indica el autor, corresponde al del mencionado libro.

## El aniquilamiento de lo humano

Existe en la pintura actual de todos los países la tendencia a negar que haya un mundo objetivo, un mundo independiente del hombre. Se asemeja con ello a la filosofía materialista en cuanto dedicaba toda su energía intelectual a demostrar la inexistencia de una realidad divina, en vez de elaborar una visión positiva del mundo que fuese coherente y no se limitase a lo inmediato. Es posible que hayamos de explicar ese desdén actual hacia el objeto entendiendo como causa, mucho más que una falta de dotes creativas, un anquilosamiento de la sensibilidad... Ese arte de lo abstracto es como una religión en la que Dios no existe. No hay mayor hosquedad en este mundo que la vida vacía de lo humano de un artista abstracto. Es como si nos dieran con la puerta en las narices; como si alguien hiciera ante nosotros, igual que ante la muerte, el signo de la cruz, esa última figura que no pueden ni siquiera los teorizadores rechazar.

O.Kokoschka, *Escribiendo sobre el expresionismo de Eduard Munch* (1953).  
Citado en Hans Graf Huyn, *Seréis como dioses* (Eunsa, 1991) 105

# Espejo del alma: visiones contrapuestas del ser humano en la literatura

Maria Turu Tarré

---

*En casi todas las obras literarias atisbamos dos concepciones diferentes del hombre: o la visión cristiana en la que Dios crea al hombre por amor a su imagen y semejanza y lo llama a la eterna bienaventuranza, frente a los humanismos ateos en los que predomina una visión pesimista del hombre, arrojado a una existencia sin esperanza de plenitud y salvación.*

---

**E**SPEJO del alma» es llamada a menudo la literatura, pues en sus obras se refleja y sale a la luz lo más íntimo del hombre en todos los tiempos. Así como el estudio de la historia nos habla de los acontecimientos que han forjado nuestro presente, y el estudio de la filosofía nos muestra la evolución del pensamiento, también el estudio de la literatura nos revela las inquietudes de los hombres a lo largo del tiempo.

Como las demás artes, también la obra literaria pone de manifiesto una determinada visión del hombre: la del autor que la compuso y la de la época en que vivió. Pero la literatura es capaz de revelar también otra concepción del ser humano: la del público que lee o escucha la obra y la interpreta.

Así ocurre, por ejemplo, en la novela culminante de la literatura española: por una parte, se refleja la particular genialidad de Cervantes, gran admirador y a la vez detractor de la

literatura caballerescas, imbuido de la visión cristiana y del panorama barroco propios de su tiempo. Por otra parte, según la perspectiva de cada época, don Quijote es visto como un loco idealista, un héroe paródico o el último gran caballero cristiano.

Por tanto, la diversidad de lecturas posibles es inabarcable. **En este artículo, sin embargo, nos limitaremos a reseñar algunos autores y obras que reflejan visiones contrapuestas del ser humano, y esto en los dos ámbitos que son quizá el objeto fundamental de la literatura: el amor y la muerte.**

En efecto, casi todas las obras literarias podemos decir que acaban tratando uno de estos dos temas, a menudo ambos: cómo el hombre desea amar y ser amado, y cómo se enfrenta a la muerte. Y es también en estas encrucijadas donde se revelan más claramente las dos concepciones opuestas del hombre: la visión cristiana en la que Dios crea al hombre

por amor a su imagen y semejanza y lo llama a la eterna bienaventuranza, frente a los humanismos ateos en los que predomina una visión pesimista del hombre, arrojado a una existencia sin esperanza de plenitud y salvación.

Aunque generalizando, se puede decir que estas dos concepciones ofrecen su propio *ars amandi*, pero también su propio *ars moriendi*. Sobre estos dos tópicos universales, cada época, corriente artística y autor ha tomado postura. Por eso, resulta siempre interesante contraponer algunas de las obras más significativas sobre el amor divino y humano, sobre el destino del hombre y sobre su actitud ante la muerte.

#### **Ars amandi en la literatura: el amor divino**

No podríamos iniciar esta comparación sino partiendo de la más alta cumbre de la poesía: la obra mística de san Juan de la Cruz. Toda la lírica amorosa occidental apunta como a su ideal al amor perfectamente correspondido que expresa el carmelita en toda su obra: desde el *Cántico espiritual* hasta los más sencillos poemillas «vuelos a lo divino», como el popular *El pastorcico*. Admirado por todos los autores posteriores, su poesía mística es reconocida como la más excelsa expresión estética del amor divino y humano. Precisamente por esto, resulta significativo comparar sus versos con los de Juan Ramón Jiménez, otro poeta que en pleno siglo xx intenta escribir también su propia poesía mística.

Así, la poesía de san Juan de la Cruz describe el camino de ascesis espiritual que emprende el alma cuando

«En una noche oscura  
con ansias en amores inflamada,  
¡oh dichosa ventura!

salí sin ser notada,  
estando ya mi casa sosegada»<sup>1</sup>;

sigue sin errar su ascenso guiada  
por la luz del amor de Dios, pues

Aquesta me guiaba  
más cierto que la luz del mediodía,  
adonde me esperaba  
quien yo bien me sabía,  
en parte donde nadie parecía»<sup>2</sup>;

y alcanza finalmente la unión mística,  
una gracia inefable que anticipa  
ya la eterna bienaventuranza:

Amado con amada,  
amada en el Amado transformada.»<sup>3</sup>

Frente al gozo de este encuentro pleno entre el alma y Dios, Juan Ramón Jiménez expresa el ansia de la búsqueda:

«Partimos de Dios  
en busca de Dios,  
sin saber qué buscamos.  
El dios con minúscula,  
el dios bajo cielo,  
el cielo que es mar,  
sobre aire que es cielo,  
¡entre aire y marcielo,  
y que es pleamar, y que es pleacielo!»<sup>4</sup>

En la poesía mística de Juan Ramón, el alma no es elevada hasta Dios, sino que se proyecta en un «dios con minúscula»:

«El dios deseante,

1 San Juan de la Cruz, *Noche oscura* (1578)

2 *Ibid.*

3 *Ibid.*

4 Se trata de un poema inédito que podría ser el último de la obra de Juan Ramón Jiménez, *Dios deseado y deseante* (1964).

el dios deseado,  
- ¡el dios deseado y deseante! -  
me trae este Dios,  
un dios Dios tan DIOS,  
¡un dios: DIOS DIOS DIOS!  
... que al cabo de todos los cabos,  
que al borde de todos los bordes  
un día encontramos.

Cada vez más suelto, y más desasido;  
cada vez más libre, más ¡y más! ¡y más!

a una libertad de puertas de Dios.  
Y entonces la puerta se abre... y ¡más libertad!

[...]

¡Se me está viniendo Dios  
en inminencia del alma!  
¡Se me está acercando Dios  
en inminencia de amor!  
¡Se me está llegando Dios  
en inminencia de Dios!»<sup>5</sup>

Esta concepción de Dios entre el panteísmo y el intelectualismo manifiesta la profunda crisis espiritual del autor y de su época. Pero las consecuencias de esta crisis alcanzan también al otro amor en que se refleja el amor divino: el amor humano. Esto es, el deseo de ser mirado, perdonado y deseado por otro en quien de algún modo se encarna también el amor de Dios.

#### **Ars amandi en la literatura: el amor humano**

A lo largo de la historia de la literatura, la temática fundamental ha sido el amor, y especialmente el sufrimiento por un amor que siempre es inevitablemente limitado e imperfecto. Pero precisamente por ser tan universal la expresión de este sentimiento, es menos evidente la contra-

5 *Ibid.*

posición entre estas dos visiones a las que nos venimos refiriendo.

El dolor que provoca un amor desordenado está presente en toda la historia literaria: desde el «loco amor» del Arcipreste de Hita al amor neoplatónico de Garcilaso («Yo no nací sino para quereros»<sup>6</sup>), el cual está también en la raíz del Romanticismo, que es a su vez origen de la concepción del amor en nuestros días.

Por eso, más que comparar dos momentos históricos distintos, resulta significativo confrontar a dos autores contemporáneos entre sí: **Dulce María Loynaz** (1902-1997), escritora cubana católica, y **Luis Cernuda** (1902-1963), poeta español de la Generación del 27. Como tantos otros antes y después de ellos, estos dos autores exponen en su poesía su propio *ars amandi*, describiendo cómo es el amor al que aspiran.

Para Cernuda, el amor es

«...este afán que exige un dueño a imagen suya, sometiendo a otra vida su vida, sin más horizonte que otros ojos frente a frente»<sup>7</sup>; por eso, ante el sufrimiento sólo desea hallarse

Donde mi nombre deje al cuerpo que designa en brazos de los siglos, donde el deseo no exista.

En esa gran región donde el amor, ángel terrible, no esconda como acero en mi pecho su ala,

sonriendo lleno de gracia aérea mientras crece el tormento.»<sup>8</sup>

Mientras que para Dulce María Loynaz,

«Amor es ponerse de almohada para el cansancio de cada día; es ponerse de sol vivo en el ansia de la semilla ciega que perdió el rumbo de la luz, aprisionada por su tierra, vencida por su misma tierra...

Amor es desenredar marañas de caminos en la tiniebla: ¡Amor es ser camino y ser escala! Amor es este amar lo que nos duele,

lo que nos sangra bien dentro...

Es entrarse en la entraña de la noche y adivinarle la estrella en germen...

¡La esperanza de la estrella!.. Amor es amar desde la raíz negra. Amor es perdonar; y lo que es más que perdonar, es comprender... Amor es apretarse a la cruz, y clavarse a la cruz, y morir y resucitar...

¡Amor es resucitar!»<sup>9</sup>

El contraste no puede ser mayor: frente al aniquilamiento de un amor que es posesión, sacrificio sin redención, estéril y letal, encontramos otro amor que buscando el bien de otro se hace oblativo y vivifica, inspirado en el amor de Cristo. Se trata de dos poetas contemporáneos y que se encuentran en un panorama literario similar, por lo que esta diferencia debe

atribuirse a sus diversas experiencias vitales tanto como a su educación.

Algo semejante ocurre si comparamos las obras de otros autores de la misma época pero con visiones opuestas del ser humano: **Jorge Manrique**, autor de las *Coplas a la muerte de su padre* (1476), y **Fernando de Rojas**, autor anónimo de *La Celestina* (1499). A través de estas dos obras, publicadas con pocos años de diferencia, nos adentramos en el otro gran tema de la literatura: la muerte – y el arte de prepararse para morir.

### *Ars moriendi en la literatura*

Aunque tan conocidos, siempre es bueno repetir los versos de Manrique para despertar nuestras almas:

«Recuerde el alma dormida, avive el seso y despierte contemplando cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte tan callando, cuán presto se va el placer, cómo, después de acordado, da dolor; cómo, a nuestro parecer, cualquiera tiempo pasado fue mejor.»<sup>10</sup>

Aún emocionado por la reciente muerte de su padre, el poeta nos muestra cómo debemos vivir preparándonos para la muerte:

«Este mundo es el camino para el otro, que es morada sin pesar; mas cumple tener buen tino para andar esta jornada sin errar.»<sup>11</sup>

6 Garcilaso de la Vega, *Soneto V* (1543)

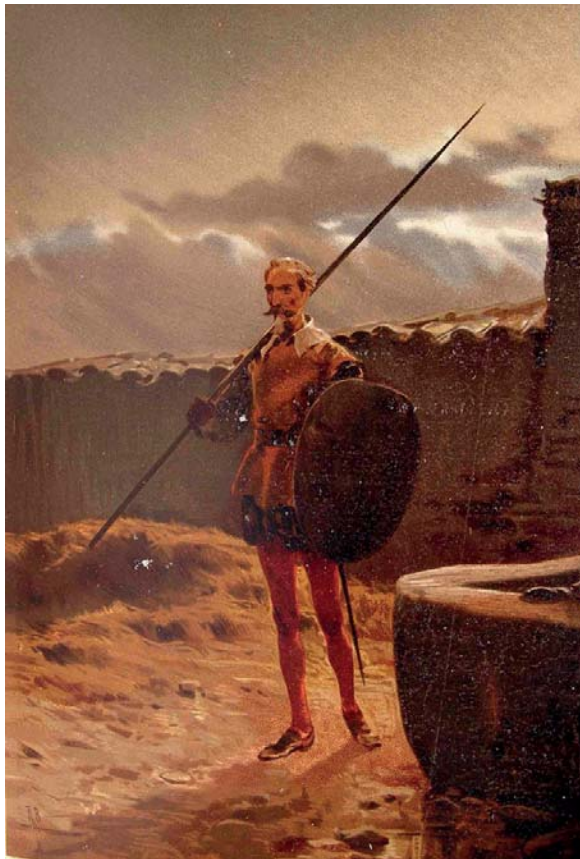
7 Luis Cernuda, *Donde habite el olvido* (1934)

8 *Ibíd.*

9 Dulce María Loynaz, *Versos* (1950)

10 Jorge Manrique, *Coplas a la muerte de su padre* (1476)

11 *Ibíd.*



*Don Quijote velando armas,*  
ilustración de Ricardo Balaca,  
en la edición anotada por  
Nicolás Díaz de Benjumea.

Sólo unos años más tarde, la alcahueta Celestina propone un modo de vida totalmente distinto: «A tuerto o a derecho, nuestra casa hasta el techo»<sup>12</sup>. Este afán de poseer y gozar los placeres y bienes materiales resuena, a pesar de la distancia de siglos, como un eco en nuestro mundo moderno.

Pero cuando llega el instante supremo de enfrentarse a la muerte, estos dos modos de vivir dictan también la actitud al morir. En *La Celestina*, la desesperación de Pleberio ante el suicidio de su hija no encuentra consuelo, pues aunque consciente de ello, sigue fiándose sólo de los engaños del mundo:

«¡Oh vida de congojas llena, de miserias acompañada! ¡Oh mundo, mundo! [...] Que cuanto más busco consuelos, menos razón hallo para me consolar. [...] Pues, mundo halaguer, ¿qué remedio das a mi fatigada vejez? ¿Cómo me mandas quedar en ti conociendo tus falacias, tus lazos, tus cadenas y redes, con que pescas

nuestras flacas voluntades? ¿A dó me pones mi hija? ¿Quién acompañará mi desacompañada morada? ¿Quién tendrá en regalos mis años, que caducan? ¡Oh amor, amor!, que no pensé que tenías fuerza ni poder de matar a tus sujetos. [...] ¡Oh mi hija despedazada! ¿Por qué no quisiste que estorbase tu muerte? ¿Por qué no hubiste lástima de tu querida y amada madre? ¿Por qué te mostraste tan cruel con tu viejo padre? [...] ¿Por qué me dejaste triste y solo *in hac lachrymarum valle?*»<sup>13</sup>

En fuerte contraste, el hijo poeta que es Manrique admira en su padre la serena aceptación cristiana con que se enfrenta al último instante de su vida, cuando don Rodrigo responde a la muerte que viene a llamarlo:

-«No tengamos tiempo ya en esta vida mezquina por tal modo, que mi voluntad está conforme con la divina para todo; y consiento en mi morir con voluntad placentera, clara y pura, que querer hombre vivir cuando Dios quiere que muera, es locura.»<sup>14</sup>

Junto a este, el otro gran ejemplo de una buena muerte en la literatura castellana es la de don Quijote:

«En fin, llegó el último de don Quijote, después de recibidos todos los sacramentos y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente y dijo que nunca había leído en ningún libro de

caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote; el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu.»<sup>15</sup>

### **El ejemplo del Quijote: la vocación a la eternidad**

Pero no sólo en el momento de su muerte es ejemplar don Quijote, sino que todo su camino como caballero loco acaba resultando digno de admiración. A pesar de la locura del protagonista y de la intención paródica de la novela, concebida como un ataque a los libros de caballerías, *El Quijote* no deja de ser un reflejo genial de la visión cristiana del ser humano. Desde su crítica al amor cortés –raíz del amor romántico– hasta su concepción del ideal y del destino del hombre, la obra de Cervantes muestra cómo incluso en la enfermedad y las adversidades, cada persona está llamada a cumplir su vocación.

En efecto, este se puede considerar uno de los grandes temas de la novela: la vocación; una vocación que don Quijote empieza a descubrir a sus cincuenta años y no acaba de entender hasta pocos días antes de su muerte. Así, frente al mal y la injusticia, el viejo hidalgo, lector apasionado de libros de caballerías, cree descubrir que su vocación es convertirse en caballero andante «así para el aumento de su honra como para el servicio de su república»<sup>16</sup>.

Pocos años antes, otro autor anónimo quizá más culto que Cervantes nos ofrecía una salida muy distinta

15 Miguel de Cervantes, *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha* (1615), cap. LXXIV

16 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (1615), cap. I

12 Fernando de Rojas, *La Celestina* (1499)

13 *Ibíd.*

14 Manrique, op. cit.



## El hombre necesita a Cristo para comprenderse a sí mismo

El hombre no puede vivir sin amor. (...) Por esto precisamente, Cristo Redentor, revela plenamente el hombre al mismo hombre. Tal es –si se puede expresar así– la dimensión humana del misterio de la Redención. En esta dimensión el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad. En el misterio de la Redención el hombre es «confirmado» y en cierto modo es nuevamente creado. ¡Él es creado de nuevo! «Ya no es judío ni griego: ya no es esclavo ni libre; no es ni hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús». El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo debe, (...) con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe «apropiarse» y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo.

Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, 64-66

ante los males de una sociedad injusta: el Lazarillo nos enseña que ante la adversidad, el único modo de medrar es con engaño e hipocresía. Frente al pícaro Lázaro de Tormes que aprende que, sólo con mentira, los desfavorecidos «con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto»<sup>17</sup>, el loco don Quijote enseña a defender la verdad hasta estar dispuesto a entregar la vida. Así lo proclama con voz debilitada pero firme cuando es vencido por el Caballero de la Blanca Luna:

«Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra».<sup>18</sup>

Una enseñanza semejante nos ofrece Segismundo en *La vida es sueño*, cuando despierta encerrado tras entregarse al libertinaje y al vicio en la corte. La experiencia le enseña que «aun en sueños / no se pierde el hacer bien»<sup>19</sup>.

Por tanto, ambos personajes, el caballero loco y el príncipe encerrado, nos enseñan un modo de vivir en todo opuesto al hedonismo de nuestro mundo: ejercitar la virtud y el dominio de sí para alcanzar la gloria.

Esta regla de vida, sin embargo, aún resulta imperfecta y, de hecho, representa sólo un primer paso en la vida cristiana. No se trata únicamente

de ejercitarse en las virtudes cardinales: la prudencia y la templanza que adquiere Segismundo mediante la reflexión y la renuncia a Rosaura; la fortaleza y la justicia que son los mayores atributos de don Quijote. Ambos protagonistas descubren que para cumplir de verdad su vocación es necesario aspirar más allá de la gloria humana: «Acudamos a lo eterno»<sup>20</sup>, dice Segismundo. Y don Quijote reconoce hablando con Sancho:

«Los cristianos, católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza».<sup>21</sup>

Es por eso que estas dos obras barrocas –junto con otras grandes obras de la literatura– encarnan una antro-

pología verdaderamente cristiana: a pesar de su debilidad y sus pecados, los personajes descubren que están llamados a un destino más alto que el éxito terrenal o el vacío existencial. Al contrario que el poeta que tres siglos más tarde cantará «Caminante, no hay camino, / se hace camino al andar»<sup>22</sup>, Cervantes y Calderón reconocen un camino que les guía al Cielo.

Cada obra literaria, en la que el autor colabora con Dios Creador al producir belleza en el mundo, contribuye a reflejar la gracia o el pecado que habita en el alma del hombre. Por eso, siguiendo el consejo de Alonso Quijano el Bueno en su lecho de muerte, conviene huir de aquellos libros que puedan turbarnos, «leyendo otros que sean luz del alma»<sup>23</sup>.

17 En el «Prólogo», el autor anónimo de *Lazarillo de Tormes* (1554) declara que la intención de su relato pseudoautobiográfico es mostrar que «se tenga entera noticia de mi persona, y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto».

18 Cervantes, *op.cit.*, 2ª parte, cap. LXIV

19 Calderón de la Barca, *La vida es sueño* (1636)

20 *Ibid.*

21 Cervantes, *op.cit.*, 2ª parte, cap. VIII

22 Antonio Machado, «*Proverbios y cantares*», *Campos de Castilla* (1912)

23 Cervantes, *op.cit.*, 2ª parte, cap. LXXIV

# Divinización del cristiano

Esteban López Larraechea hnssc

---

*La divinización no es simplemente un «peldaño» que nos permite asomarnos a las realidades celestiales, sino que es una vida que se va configurando por la gracia de Dios.*

---

## Introducción

**C**RISTO manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación<sup>1</sup>, «porque tal es la razón por la que el Verbo se hizo hombre, para que el hombre al entrar en comunión con el Verbo y al recibir así la filiación divina, se convirtiera en hijo de Dios<sup>2</sup>, «y para que pudiese venir a esto, [nuestra alma] la crió [Dios] a su imagen y semejanza<sup>3</sup>. «Y todos nosotros que, con el rostro descubierto reflejamos la gloria del Señor, nos transformamos en esta misma imagen, creciendo de claridad en claridad por acción del Espíritu del Señor<sup>4</sup>.

La divinización del cristiano es de esos temas largos y complejos que engloban todos los tratados de teología. Siempre se puede dar una pincelada que ilumine nuestra fe, pero

---

1 GS 22.

2 San Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*, 3, 19, 1.

3 San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, Cant. 39, 4.

4 2 Cor 3, 18.

debemos evitar caer en un discurso vago y confuso que nos haga pensar que estamos en algo así como una catequesis bautismal. Por eso, después de una pequeña introducción sobre el término «divinización» propongo acotar el tema en algunos puntos, los cuales nos vienen marcados por las citas del principio.

## «Yo os digo: sois dioses»<sup>5</sup>

En el lenguaje actual de la fe no solemos expresarnos así. Antes que «divinizarnos», solemos hablar de «ser hijos de Dios», «llamados a la santidad», u otras expresiones que intentan elevar nuestra mirada hacia la grandeza de nuestra vocación cristiana. Los Santos Padres en cambio, sobre todo los orientales, solían hablar de deificación o divinización. Con este término se quiere enfocar la obra de Dios en nosotros señalando con más fuerza que la gracia santificante nos hace partícipes de la naturaleza divina.

La gracia inhiere a modo de accidente en la misma esencia del alma,

---

5 Jn 10, 34.

perfeccionándola y elevándola. Por ello no se habla de una mera semejanza natural con Dios sino de una verdadera divinización, que conlleva la real transformación del hombre, pero sin llegar a una confusión de substancias ni de personas. Seguimos siendo hombres, pero hombres divinizados por participación. Santo Tomás ejemplifica la obra del Espíritu Santo en el alma como el contacto del hierro con el fuego, que transforma las cualidades del hierro, sin dejar de ser lo que era.

### «A imagen de Dios los creó»

Comenzamos hablando del fundamento de nuestra elevación por la gracia. En todas las creaturas se encuentra un «vestigio de la Trinidad». En cuanto participan del ser y de la perfección divinas, nos remiten a Dios como su causa.

Pero en el hombre no hay solo un «vestigio», sino que su alma es «a imagen» de Dios. Esto se dice porque su alma representa en sí lo que es propio de la esencia divina: proferir un verbo que prorrumpe en amor en el conocimiento de sí.<sup>6</sup> Así como Dios se conoce y se ama a sí mismo, así también el hombre por su naturaleza racional se conoce y se ama a sí mismo.

Esta semejanza que se da en la naturaleza intelectual del hombre es el fundamento o «condición de posibilidad» de nuestra divinización, pues es la que posibilita que podamos ser

elevados a conocer y amar a Dios, y por ello participar de su misma actividad espiritual.

Sobre este punto conviene recalcar una cosa. La intención divina de darnos una naturaleza intelectual es poder elevarnos a participar de su vida íntima. Nos hizo a su imagen para darnos su amistad. Nos dio en-

---

*Nos hizo a su imagen para darnos su amistad. Nos dio entendimiento y voluntad para que podamos conocerle y amarle, y así poder comunicarnos aquella plenitud y gozo que Él posee en sí mismo.*

---

tendimiento y voluntad para que podamos conocerle y amarle, y así poder comunicarnos aquella plenitud y gozo que Él posee en sí mismo.

### Cristo es la plenitud

Un segundo punto a señalar es que nuestra divinización se realiza por Cristo. Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre. Es verdaderamente hombre y plenamente hombre. Es decir, su humanidad no queda «disminuida» o reducida por el hecho de ser una persona divina, sino, por el contrario, es perfeccionada por la gracia de Dios. **De modo que en Cristo vemos al perfecto hombre.**

Pero también hay que decir que en Cristo «habita corporalmente la plenitud de la divinidad»<sup>7</sup>. Es decir, la humanidad de Cristo es el medio por el cual Dios se revela plenamente a sí mismo, dándonos a conocer en obras y palabras humanas aquello que es propio de la vida íntima de la Trinidad. Cuando vemos a Jesús fa-

tigado por el camino hablando con la samaritana entendemos el deseo eterno de Dios de donarse a sí mismo y comunicarnos el Espíritu Santo. Al ver a Cristo llorar por su amigo Lázaro entendemos que esa emoción sensible es expresión de un amor humano verdadero, el cual es a su vez la manifestación humana de un amor trinitario y eterno. Solo falta decir que el lugar donde Dios se manifiesta plenamente a sí mismo es en la Pasión. En la cruz encontramos la manifestación plena de la vida de la Trinidad, pues vemos al Verbo comunicando y expresando plenamente el amor hasta el extremo de Dios Padre y comunicándonos el Espíritu para redimirnos y hacernos partícipes de su vida.

Ahora bien, aquello que hemos visto en la humanidad de Cristo, esa vida que hemos descubierto como expresión de la plenitud del amor y la vida divina; esa vida es lo que se nos comunica por la gracia, para que podamos también nosotros «vivir como Él vivió»<sup>8</sup>. **Nuestra divinización, por tanto, se realiza por la incorporación en Cristo, para que podamos recibir aquella gracia que Cristo tuvo en plenitud.**

### Asimilación con las personas divinas

Otro aspecto a señalar es que la gracia no nos introduce en «la divinidad» en abstracto, sino que nos hace partícipes de la vida íntima de la Trinidad en su distinción de personas.

En el don de la gracia santificante no solo se nos da una gracia creada que nos une a Dios, sino que se nos da al mismo Espíritu Santo, para que lo poseamos y gocemos de su presencia. Pero esta persona divina que es enviada a nuestra alma, a la vez que

<sup>6</sup> «Así como la Trinidad increada se distingue por la procesión del Verbo de quien lo dice, y la del Amor de entrambos, en la creatura racional en la que se da la procesión de un verbo intelectual y un proceso de amor de la voluntad, puede decirse que se da una imagen de la Trinidad increada según cierta semejanza específica». I, q.93, a.6, res.

<sup>7</sup> Col 2, 9.

<sup>8</sup> 1 Jn 2, 6.

entra en nosotros, va conformándonos consigo, nos comunica una participación creada de su propiedad eterna, de aquella relación divina que lo distingue de las otras personas divinas. Esta imagen creada que es participación de la propiedad eterna de las personas divinas nos va introduciendo en la misma vida divina.

El Espíritu Santo nos asemeja a sí según su propiedad personal por la caridad. Al venir a nosotros nos enciende en la caridad, la cual es imagen creada del Amor eterno que hay entre el Padre y el Hijo. Esta caridad tiene como característica que tienen por objeto a Dios mismo, por lo que a pesar de ser algo creado y por tanto limitado, tiene a Dios mismo como término, y por ello nos une a Dios y nos hace partícipes de su Amor eterno e increado.

El Verbo también nos asemeja a sí según su propiedad personal (la Palabra que expira amor), configurándonos en su conocimiento amoroso del Padre.<sup>9</sup> Por su presencia en nuestras

<sup>9</sup> No es simplemente el conocimiento de la fe el que nos asemeja al Verbo, porque la presencia a modo de conocimiento por la que procede el Verbo es aquella

almas nos va haciendo vivir como hijos de Dios, tal como Él es Hijo, en una relación íntima con el Padre. De modo que la unión con Dios se realice en nosotros por una asimilación con la relación personal que el Hijo y el Espíritu tienen con el Padre.

Solemos hablar de esta configuración con Cristo desde un enfoque «moral» o «espiritual», cuando pedimos que «se nos dé un corazón como el suyo», que «nos conforme con Él, para que vivamos como hijos de Dios». Pero esta petición cobra una profundidad mayor cuando comprendemos su dimensión ontológico, cuando vemos que ese «configurarnos con Cristo» pasa por recibir una participación creada de la misma vida íntima de la Trinidad.

La divinización que Dios nos otorga por la gracia, por tanto, nos hace amar con el ardor del Espíritu, y nos

perfecta posesión de sí que prorrumpe en amor, y que por ello en Dios «culmina» en la espiración del Espíritu Santo. Esta propiedad se ve reflejada más que en la fe (que incluso puede ser informe, sin caridad) en el don de sabiduría (que es efecto formal de la gracia), que consiste en ese conocimiento amoroso y «gustoso» de la verdad conocida.

hace vivir como hijos en el Hijo, para que clamemos «*Abba*, Padre».

### Divinización creciente

El último elemento a señalar es que la divinización es una realidad creciente. No es simplemente un «peldaño» que nos permite asomarnos a las realidades celestiales, sino que es una vida que se va configurando por la gracia de Dios.

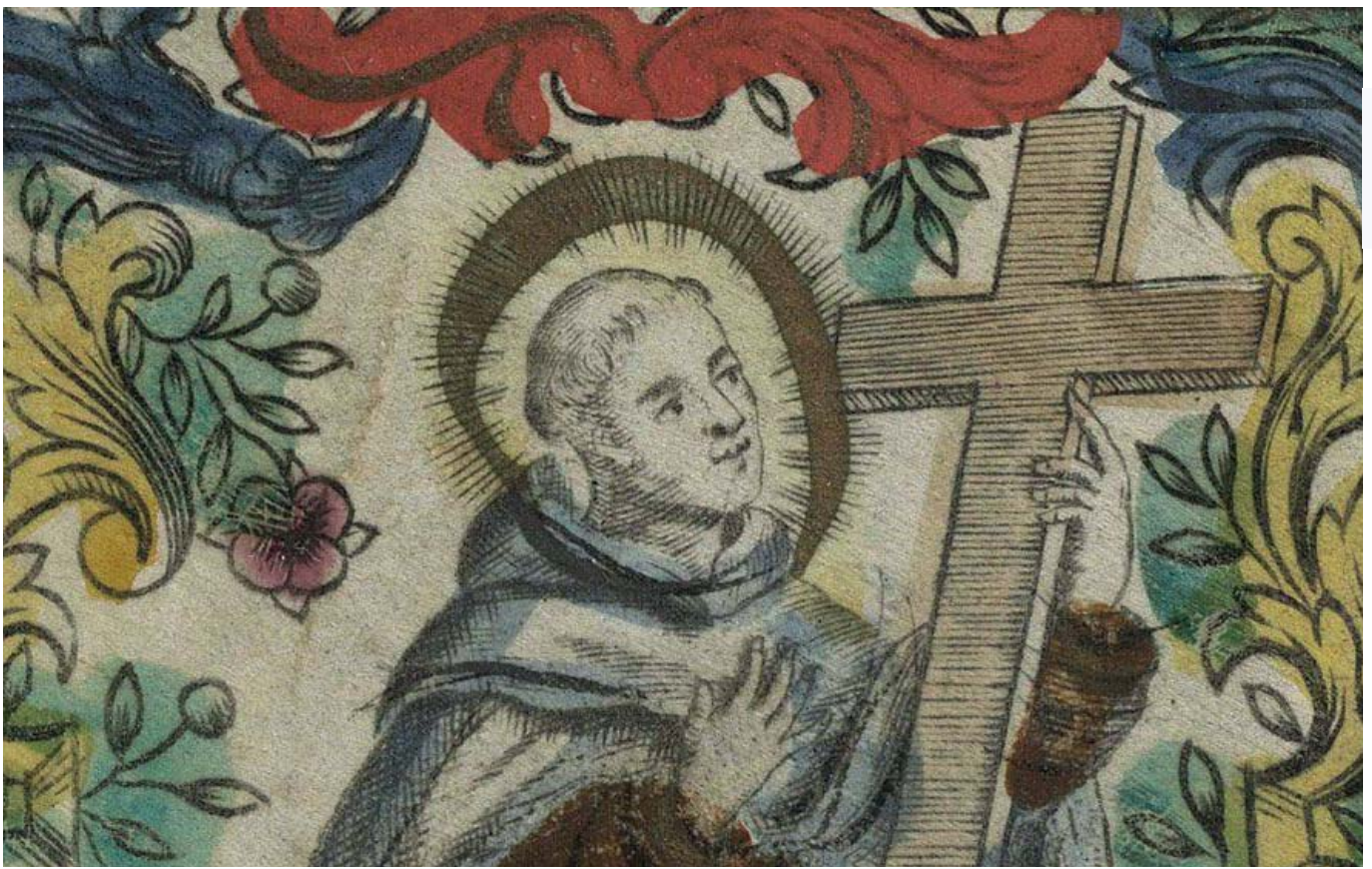
Por un lado, santo Tomás, al hablar de la imagen de Dios, la presenta como una realidad análoga que tiene sustancialmente los mismos niveles que la paternidad de Dios y que la asimilación a la persona del Hijo. Es decir, ser imagen de Dios, ser hijos del Padre y asimilarnos al Hijo parecen estar designando una misma realidad, aunque desde tres enfoques distintos. En esta escala analógica hay un primer analogado, que es la realidad divina (el Verbo como imagen del Padre, el Hijo eterno de Dios, la persona del Padre), y luego en las creaturas hay tres niveles de participación; el orden natural, la elevación por la gracia y la plenitud de la gloria.

Por otro lado, además de esta graduación fundamental, en el orden

## El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado

«El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir (Rm 5,14), es decir, Cristo Nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente al propio hombre, y le descubre la sublimidad de su vocación (...). Él, que es imagen de Dios invisible (Col 1,15), es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado (...). El Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido en cierto modo con todo hombre»

Concilio Vaticano II, constitución pastoral *Gaudium et spes*, 22



*San Juan de la Cruz (1542-1591)*

de la gracia hay un crecimiento en la participación de la vida divina. Es lo que solemos llamar «crecer en santidad». No vamos a hacer un tratado de teología espiritual ni dar recomendaciones prácticas propias de un buen director espiritual, sino simplemente señalar una cosa.

---

***La contemplación se presenta como aquel camino que nos introduce en lo profundo de la unión con Dios, pues es el medio por el cual Dios va imprimiendo su huella en nosotros.***

---

Por el ejercicio de las virtudes teologales, que tiene a Dios como término de su operación, nos unimos a Dios. Estas virtudes son perfeccionadas, a su vez por los dones del Espíritu Santo, el principal de los cuales es el don de sabiduría.

Por este don, que consiste en intuición simple de la verdad bajo el influjo del amor, el Verbo va haciéndonos partícipes de sí, formando su

imagen en nosotros. Pues bien, el don de sabiduría se ejercita principalmente con la contemplación.

Por lo tanto, **la contemplación se presenta como aquel camino que nos introduce en lo profundo de la unión con Dios**, pues es el medio por el cual Dios va imprimiendo su huella en nosotros, donde dispone de nuestra alma para conformarnos consigo. Por la contemplación nos adentramos en este conocimiento íntimo de la Trinidad en su distinción, y por ella entramos en una relación personal con cada una de las personas divinas.

El fin al que tiende la contemplación será la unión de amor, la unión de voluntades, donde el alma será toda divina, toda ella dispuesta para la obra de Dios, en plena comunión de amor con la Trinidad. Ahí gozaremos de esa amistad íntima con cada una de las personas divinas, y transformados por la gracia, participaremos de su misma actividad espiritual.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> Sobre este punto vale la pena leer el *Cántico espiritual*, cuando comenta «el aspirar del aire». Entre otras cosas señala lo siguiente: [Dios] levanta el alma y

## **Conclusión**

Para terminar, simplemente dejo las palabras de **san Juan de la Cruz**, quien nos invita a crecer en esta divinización del cristiano.

«¡Oh, almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas!, ¿qué hacéis?, ¿en qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas y vuestras posesiones, miserias. ¡Oh, miserable ceguera de los ojos de vuestra alma, pues para tanta luz estáis ciegos, y para tan grandes voces sordos, no viendo que, en tanto que buscáis grandezas y gloria, os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes, hechos ignorantes e indignos!»<sup>11</sup>

---

la informa y habilita para que ella aspire en Dios la misma aspiración de amor que el Padre aspira en el Hijo y el Hijo en el Padre, que es el mismo Espíritu Santo (...). El alma se hace deiforme y Dios por participación, de tal modo que su mente, noticia y amor son elevadas para que obren en Dios aquella misma vida que Dios tiene en sí, obrándolo Dios en la misma alma. (San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, Cant. 39, 3ss).

<sup>11</sup> San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, Cant. 39, 7.

# El hombre como imagen de Dios

Luis Mariano Bártoli

---


*A fin de recuperar el lugar que tiene el ser humano en el orden del universo es muy conveniente reflexionar sobre la imagen de Dios en el hombre.*

---

**L**A Modernidad ha supuesto importantes contribuciones a la cultura y a la vida humana sobre la tierra: una mayor conciencia y exaltación de la libertad humana y de los derechos de la persona, una más atenta preocupación por la naturaleza, así como todos aquellos beneficios que, producto de la ciencia y la tecnología, han posibilitado unas condiciones de bienestar como nunca se habían conseguido anteriormente en la historia de la humanidad. Sin embargo, es necesario reconocer también que la misma lógica moderna iniciada con el racionalismo, ha engendrado unos principios filosóficos y antropológicos que han conducido a una creciente secularización y despersonalización de la cultura y al surgimiento de ciertas corrientes que, desfigurando la naturaleza humana, han terminado conculcando su dignidad y valor. Nos referimos de modo especial al **ateísmo, el feminismo radical y el ecologismo**. De alguna manera todas estas corrientes son herederas del pensamiento de **Feuerbach** y **Marx**, para quienes el hombre no ha sido hecho a ima-

gen de Dios, sino que Dios es simplemente una imagen proyectada por el hombre. Este ateísmo llevará a proclamar la total autonomía del sujeto humano que se emancipa así del orden natural, afirmando su voluntad sin normas ni límites. Esto, desde luego, terminará haciendo que se oscurezca aquello que hay de superior y distinto en la naturaleza humana, igualando así al hombre con el resto de los seres naturales. Es por ello que, **a fin de recuperar el lugar que tiene el ser humano en el orden del universo es muy conveniente reflexionar sobre la imagen de Dios en el hombre**. Creemos que de ese modo se hace posible apreciar con claridad, no solo la grandeza del ser humano, sino también, la adecuada relación que ha de tener con Dios, con el prójimo y con el resto de los seres corpóreos.

La verdad según la cual el hombre es creado a imagen y semejanza de Dios está en el corazón mismo de la revelación cristiana. Tanto el Magisterio como la tradición de la Iglesia atestiguan esta realidad, aunque tanto uno como otra hunden sus raíces en aquella palabra de Dios contenida



«Junto al Corazón de Cristo, el corazón del hombre aprende a conocer el sentido verdadero y único de su vida y de su destino».

Juan Pablo II, *Carta a Kolvenbach*,  
Prepósito general de los jesuitas (5-X- 1986).

en la Sagrada Escritura. Es allí donde de manera más profunda y clara se aprecia esta verdad sobre el hombre que en palabras de **san Juan Pablo II** supone una verdadera definición: **el hombre es imagen de Dios, esto es lo que más radicalmente constituye la esencia del ser humano**. Y aunque son varios los textos referidos al hombre como imagen de Dios en la Sagrada Escritura (Génesis 5,1; 9, 6; Sabiduría 2,23; Eclesiástico 17,3; 2 Corintios 4,4; Colosenses 1, 15), lo cierto es que el texto principal de donde deriva toda la enseñanza sobre esta importante cuestión se encuentra en los relatos sobre la creación del hombre en el libro del **Génesis 1, 26-28**: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios los creó, los creó varón y hembra». Luego de esto entra en un diálogo amoroso con ellos y, no solo «dice», como había hecho los días anteriores, sino que «les dice»: «Sed fecundos, dominad la tierra y sometedla». Sin pretender agotar la enorme riqueza de este relato, intentaremos descubrir en él la grandeza de lo humano que supone ser creado a imagen de Dios.

### ¿Qué significa que una realidad sea imagen de otra?

Para lo cual se hace necesario, en primer lugar, explicar brevemente qué significa que una realidad sea imagen de otra. La noción de imagen supone dos características constitutivas: la **semejanza** y la **procedencia**. En efecto, es necesario, por una parte, que exista semejanza entre una realidad y otra, una semejanza que no puede ser cualquiera, sino aquella denominada de especie o naturaleza, esto es, una semejanza que diga relación con la esencia de algo, de modo que dos cosas con semejanzas accidentales, como serían dos cosas blancas o grandes, no se dice que sean imagen una de otra. Ahora bien, **la semejanza, aún de especie, no es suficiente para poder hablar de imagen, sino que es necesario también que exista la procedencia, es decir, que una realidad tenga su principio en otra**. Tomás de Aquino para explicar esto pone el conocido ejemplo del huevo que, pese a ser semejante según la especie a otro huevo, no es su imagen, puesto que no hay procedencia. Por supuesto, tampoco es imagen del arquitecto la casa que procede de él, puesto que no existe en este caso la semejanza. Procedencia y semejanza constituyen lo propio de la imagen, por lo que bien puede afirmarse

que el hijo es imagen del padre, en tanto que participa de su naturaleza y ha sido por él engendrado.

Entendida la noción de imagen nos aparece con claridad que el hombre es imagen de Dios, en tanto que, tal como nos enseña Tomás de Aquino: «es evidente que en el hombre hay una semejanza de Dios y que procede de Él como ejemplar» (I, q.93, a.1). En efecto, el hombre no solo tiene en Dios su origen y su principio, sino que además y a diferencia de las demás creaturas que también proceden de Él, se asemeja a Dios según la especie, esto es, en tanto que participa de la naturaleza espiritual con la que puede conocer la realidad, conocerse a sí mismo, conocer a Dios e incluso entrar en relación de amistad con Él. Así como Dios se conoce y se posee a sí mismo, así el hombre, al participar de la naturaleza espiritual es «*capax Dei*», capaz también de entrar en su interior, conocerse y amarse a sí mismo y ordenarse a esa plenitud que supone la posesión del Bien infinito, que es Dios.

Volviendo ahora al texto de Génesis 1, 26-28 apreciamos más claramente lo que nos revela Dios acerca de la naturaleza del hombre creado a su imagen, en efecto, **se nos anuncian allí tres grandes verdades de lo que eso significa:**

### «Fuimos concebidos en el Corazón de Dios»

En primer lugar, la imagen divina en el hombre manifiesta el amor infinito que tiene Dios por la criatura humana al colocarla en el centro y en la cumbre de la creación y permitirle participar de una especial intimidad con Él. Santa Catalina de Siena expresa de manera sublime ese amor de Dios por el hombre cuando le dirige estas palabras: «Nada que no fuera el amor inextinguible con el que contemplaste a tu criatura en ti mismo y te dejaste cautivar de amor por ella; por amor lo creaste, por amor le diste un ser capaz de gustar tu Bien eterno» (*Il dialogo della divina Provvidenza*, 13). De allí que toda la vida del hombre, lejos de ser una condena permanente de sujeción al capricho de un Dios que juega con su creación, sea una búsqueda amorosa de ese saborear, de ese «gustar el Bien eterno», porque el hombre ha sido creado para esa unión con Dios en la que, por la gracia, le conoceremos y le amaremos como Él se conoce y se ama. De todas las criaturas visibles sólo el hombre es «capaz de conocer y amar a su Creador», sólo él está llamado a participar, por el conocimiento y el amor, en la vida de Dios, porque solo él ha sido amado por Dios por sí mismo. De ahí que, por haber sido hecho a imagen de Dios, el ser humano tiene la dignidad de persona; no es solamente algo, sino alguien, con lo cual se aprecia el alto grado de participación de la perfección divina de la que el hombre goza. Como enseña el papa Francisco: «¡Qué maravillosa certeza es que la vida de cada persona no se pierde en un desesperante caos, en un mundo regido por la pura casualidad o por ciclos que se repiten sin sentido! Fuimos concebidos en el corazón de Dios, y por eso «cada uno

de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario» (*Laudato si*, n. 65).

**La semejanza con Dios revela que la esencia y la existencia del hombre están constitutivamente relacionadas con Él del modo más profundo.** Negar a Dios y, como consecuencia, negar su imagen en el hombre supone, por tanto, la negación de la dignidad infinita que posee el hombre que se funda en esa participación de lo

---

*Ciertamente el hombre puede organizar su vida sin Dios pero, al fin y al cabo, sin Dios no puede menos que organizarla contra sí mismo. El humanismo exclusivo es, a fin de cuentas, un antihumanismo.*

---

divino en su ser. **Ciertamente el hombre puede organizar su vida sin Dios pero, al fin y al cabo, sin Dios no puede menos que organizarla contra sí mismo. El humanismo exclusivo es, a fin de cuentas, un antihumanismo.**

### **El hombre, está llamado a colaborar con Dios en la ordenación y gobierno de la creación**

En segundo lugar, esa imagen de Dios que es fundamento último de la verdadera dignidad nos ha sido dada por Dios, según el texto que comentamos, para que domine sobre la creación visible, para hacer la tierra fecunda. Y es que, así como Dios en su poder y amor infinito por la creación la conduce a su perfección última, el hombre como imagen suya, también está llamado a colaborar con Dios en

esa ordenación y gobierno. Dios ha querido contar con el hombre para conducir a su creación al fin último. De allí que la imagen de Dios no solo supone una posibilidad de relación íntima entre el hombre y Dios, sino también posibilita una especial interrelación entre el ser humano y la tierra.

Como enseña el papa Francisco, si bien la persona humana posee una dignidad infinita, «no somos Dios, la tierra nos precede y nos ha sido dada» (*Laudato si*, n. 67). De allí que, siendo un don que recibimos como hijos de Dios, el dominio que le da al hombre el ser imagen de Dios, no debe entenderse como un dominio absoluto sobre las demás criaturas. El mandato de Dios nos invita, a fin de honrar la imagen de Dios en nosotros, a «labrar y cuidar» el jardín del mundo. Mientras «labrar», explica el Papa, «significa cultivar, arar o trabajar», «cuidar» significa proteger, custodiar, preservar, guardar, vigilar. Esto implica, concluye Francisco, «una relación de reciprocidad responsable entre el ser humano y la naturaleza» (LS, n.67). Por su parte, el *Catecismo de la Iglesia católica* cuestiona muy claramente lo que sería un antropocentrismo desviado: «Toda criatura posee su bondad y su perfección propias [...] Las distintas criaturas, queridas en su ser propio, reflejan, cada una a su manera, un rayo de la sabiduría y de la bondad infinitas de Dios. Por esto, el hombre debe respetar la bondad propia de cada criatura para evitar un uso desordenado de las cosas» (n.339). En efecto, por su dignidad única y por estar dotado de inteligencia, el ser humano está llamado a respetar lo creado con sus leyes internas, a la vez que ha de hacer un uso responsable de las cosas, reconociendo en el resto de la creación, especialmente en los



demás seres vivos, un valor propio ante Dios que «por su simple existencia, lo bendicen y le dan gloria».

De todo esto se deduce con nitidez que solo a la luz de una recta concepción del ser humano como imagen de Dios puede aparecer una verdadera y sana ecología. **Negar a Dios como Padre conduce al hombre a sentirse amo absoluto de todo el universo y arrogarse el derecho de usar de la naturaleza de manera arbitraria e indiscriminada.**

### **La imagen de Dios se hace manifiesta también en el ser humano en la sexualidad constitutiva de sus cuerpos**

Finalmente, no podemos olvidar que el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios es un ser a la vez corporal y espiritual: «*Corpore et anima unus*». Y siendo imagen de Dios según todo lo que es, es razonable afirmar que el cuerpo participa también de esa dignidad. En efecto, si bien la imagen se da en el hombre por participar de la naturaleza espiritual, la especial unión de espíritu y materia que define la naturaleza humana y que tan sabiamente ha sido del todo comprendida y enseñada por **Tomás de Aquino**, obliga a afirmar, contra los distintos dualismos, que la imagen de Dios se hace manifiesta también en el ser humano en la sexualidad constitutiva de sus cuerpos: «Varón y mujer los creó». Evidentemente, Dios no es ni hombre ni mujer, Dios es espíritu puro en el cual no hay lugar para la diferencia de sexos. Pero las perfecciones «del hombre y de la mujer» reflejan algo de la infinita perfección de Dios: Dios es amor y ha hecho al hombre para participar de ese amor y encontrar su plenitud en él.

El varón y la mujer son creados por Dios, ambos proceden de su amor

infinito, y ambos han sido queridos por Dios en una perfecta igualdad en tanto que personas humanas: ambos poseen la imagen divina. Sin embargo, Dios también ha querido, en su infinito amor, su ser respectivo de varón y mujer. «Ser hombre» «ser mujer» es una realidad buena y querida por Dios que reflejan la sabiduría y la bondad del Creador.

Lejos de tratarse de un aspecto accidental de la personalidad, el ser varón y el ser mujer es un elemento constitutivo de la identidad personal y pertenece propiamente al modo específico en el que existe la *imago Dei*.

Pero aún hay más. Porque esa diversidad de sexos ha sido querida por Dios para manifestar la especial ordenación de la persona al amor y a la entrega total de sí mismo a los demás en la que puede encontrar su plenitud. En efecto, Dios ha plasmado en los cuerpos personales del varón y la mujer un lenguaje que habla de igualdad y de complementariedad, de idéntica dignidad y de destinación mutua: «serán una sola carne». La donación total de sí mismos, en su alma y en su cuerpo, a la que están llamados es también manifestación de la imagen divina en el hombre. Así lo enseña el papa Francisco cuando afirma que «la pareja que ama y genera la vida es la verdadera “escultura” viviente –no aquella de piedra u oro que el Decálogo prohíbe–, capaz de manifestar al Dios creador y salvador. Por eso el amor fecundo llega a ser el símbolo de las realidades íntimas de Dios...El Dios Trinidad es comunión de amor, y la familia es su reflejo viviente» (*Amoris laetitia*, n. 11). De modo bellísimo se nos dice que, así como nuestro Dios no es una soledad, sino que es comunión de personas, así también, el hombre creado como varón y mujer, también es imagen de Dios en tanto que ordenado a esa comunión

de personas que es la familia. A la luz de la *imago Dei* aparece así con más fuerza la igualdad esencial entre el varón y la mujer, así como la igual destinación a la que están llamados. Es para la comunión y para el servicio que Dios ha hecho al hombre varón y mujer, es para la comunión y el servicio que lo ha hecho a su imagen y semejanza, solo allí, en esa entrega, encuentra el ser humano su verdadera felicidad.

Volver a considerar al hombre como imagen de Dios, tal como lo hemos visto, nos permite apreciar la excelsa dignidad del ser humano, su destinación a un bien trascendente, a la vez que su íntima vocación al amor; pero a la vez, nos permite apreciar el error de aquellas ideologías predominantes en la actualidad, a saber: el **ateísmo** y el **laicismo**, que niegan a Dios y aspiran a desterrarlo de la vida humana y social; el **ecologismo**, que reduce al hombre al producto de la evolución y nos iguala con el resto de los seres materiales; y finalmente, el **feminismo** y la **ideología de género** que niegan la naturaleza de lo femenino y masculino, para destruir finalmente el matrimonio y la familia. En este sentido, podemos concluir con san Juan Pablo II, que «la verdad revelada acerca del hombre, que en la creación ha sido hecho “a imagen y semejanza de Dios”, contiene no sólo todo lo que en él es “*humanum*”, y, por lo mismo, esencial a su humanidad, sino potencialmente también lo que es “*divinum*”, y por tanto gratuito, es decir, contiene también lo que Dios –Padre, Hijo y Espíritu Santo– ha previsto de hecho para el hombre como dimensión sobrenatural de su existencia, sin la cual el hombre no puede lograr toda la plenitud a la que le ha destinado el Creador» (audiencia general, 23/04/86).



## Hemos leído

Aldobrando Vals

### La Inmaculada, remedio al espíritu revolucionario

FRANCE  
CATHOLIQUE

*Anne Bernet, en el número del 19 de julio de France Catholique, nos propone una penetrante lectura del dogma de la Inmaculada Concepción, proclamado ahora hace 170 años:*

«Cuando fue elegido papa en 1846, el arzobispo Mastai Ferretti era considerado un liberal favorable a la unidad de Italia. Pero el prelado, que eligió el nombre de Pío IX, no podía renunciar a los Estados Pontificios ni legitimar la insurrección de los partidarios de la unidad contra Austria, que gobernaba el norte del país. Esta “traición” provocó un sangriento levantamiento en noviembre de 1848, que le obligó a refugiarse en Gaeta, al sudeste de Roma. Durante este exilio, reflexionó sobre el fenómeno de la revolución, la revuelta contra Dios y su Ley por parte de sociedades antaño cristianas. Para el Papa ya no podía haber ningún compromiso entre el mundo de la Ilustración y la Iglesia si ésta quería permanecer fiel a su misión. No bastaba con denunciar al enemigo. Se necesitaba otro en-

foque. Éste, en una dimensión providencialista, será espiritual.

En 1849, Pío IX, en el exilio, contemplaba el tormentoso Mediterráneo. El cardenal Lambruschini, antiguo Secretario de Estado, refugiado también en Gaeta, le dijo: “Santísimo Padre, no podríais sanar mejor al mundo que proclamando el dogma de la Concepción Inmaculada. Sólo esta definición dogmática puede restablecer el sentido de la verdad cristiana y alejar las mentes de los caminos del naturalismo en los que se han extraviado”.

La afirmación –que la Iglesia ha creído siempre, incluso antes de promulgar el dogma– de que María, en virtud de los méritos futuros de su Hijo, fue preservada del pecado original desde el momento de su concepción, no parece tener a primera vista ningún significado político. Pero encierra dos verdades esenciales de la fe: la realidad del pecado original, por una parte, y, por otra, la necesidad de un Redentor capaz de reconciliar al hombre con su Creador y salvarlo de la perdición. A esto se añade el versículo 15 del tercer capítulo del Génesis, llamado el «Protoevangelio», donde Dios, dirigiéndose a la serpiente –es decir, al Diablo–, dice: “Pongo enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya; ella te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el talón”.

Pues, ¿quién es Lucifer sino el primer revolucionario, el que se



niega eternamente a servir al Rey e intenta ocupar su lugar? ¿Y quién es María sino la que, en su humildad, se llama a sí misma la sierva del Señor cuando el Arcángel le promete que dará a luz al Increado, al Todopoderoso, revelándole que es “la nueva Eva” sobre quien el demonio no tiene poder alguno? María, “fuerte como un ejército preparado para la batalla”, como la describe el Apocalipsis, triunfará siempre sobre el demonio y sobre las herejías, locuras y mentiras que suscita. Esta certeza bastaría para justificar el recurso del Papa a la Virgen en esta batalla contra el espíritu revolucionario, avatar último de la estrategia demoníaca.

Pero ¿por qué este dogma y no el de la Asunción, que Pío IX también consideró? Porque se opone a la deconstrucción filosófica de la doctrina cristiana que comenzó con Descartes y continuó hasta Hegel y que encontró su culminación en la afirmación de Rousseau: “El hombre nace bueno, es la sociedad la que lo corrompe”, que niega el pecado original y, por tanto, la necesidad de la Redención. En efecto, si el hombre no ha pecado, no necesita ser redimido. La consecuencia última de este razonamiento fue la voluntad de destruir la Revelación cristiana para, según creían, liberar a la humanidad, ya mayor de edad y adulta, de un Dios que ya no necesitaba, capaz de volar por sí misma de progreso en progreso hacia la conquista de una felicidad natural y ma-

terialista... La Inmaculada Concepción nos recuerda, por el contrario, que la humanidad, desde el pecado de nuestros primeros padres, nace aquejada de una enfermedad genética mortal: ese pecado original del que sólo Cristo, por su Encarnación y su Pasión, la salva. En cuanto a María, habiendo escapado a la maldición hereditaria, puede destruir la herejía moderna como triunfó sobre las otras. Tal fue la profecía de san Luis María Grignon de Montfort, cuyo *Tratado de la verdadera devoción* acababa de ser encontrado entonces tras años de desaparición».

### Radiografía de una pseudorreligión



*Elio Gallego, desde El Debate de las Ideas, nos ofrece una interesante reflexión sobre el carácter pseudorreligioso de la ideología woke contemporánea:*

«Quien no comprende la religión no entiende la política», escribe Dalmacio Negro. Y, más en concreto, no está en disposición de entender las ideologías operantes en nuestra época y su función pseudorreligiosa... El

wokismo no es sino una parodia del cristianismo. Comenzando por el término por el que quiere ser identificado: Despierto. Término que inmediatamente remite a la Epístola de san Pablo a los Efesios, donde el Apóstol hace esta invocación: Despierta tú que duermes [5, 14]. Y, con anterioridad, en un pasaje trascendental, escribe:

“Él [Cristo] es nuestra paz: el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: el odio. Él ha abolido la ley con sus mandamientos y decretos, para crear, de los dos, en sí mismo, un único hombre nuevo, haciendo las paces. Reconcilió con Dios a los dos, uniéndolos en un solo cuerpo mediante la cruz, dando muerte, en Él, al odio. Vino a anunciar la paz: paz a vosotros los de lejos, paz, también a los de cerca. Así, unos y otros, podemos acercarnos al Padre por medio de Él en un mismo Espíritu” [2, 14-18].

Si procedemos ahora a eliminar toda remisión a Dios, al Espíritu Santo o a Cristo, nos encontramos con que el Apóstol apela a:

Derribar el “muro de separación”: Abolir la “ley” con sus mandatos y reglas.

Dar muerte al “odio”.

De modo que, abolidos el muro, la Ley y el odio vendrá un estado de paz y emergerá un “único hombre nuevo”. Pues bien, a nuestro juicio, ésta es la mejor y más sintética descripción de la ideología *woke*. Pues de modo análogo a como el marxismo puede ser visto como una versión sin Dios del mesianismo judío, el wokismo sería una versión del cristianismo paulino sin Cristo... En suma, lo *woke* es, en sí mismo, una parodia del cristianismo tal y como éste fue expresado paradigmáticamente por san Pablo».



## Pequeñas lecciones de historia

### Santa Margarita María de Alacoque (5): La tercera revelación principal

Gerardo Manresa

---



**C**ADA primer viernes de mes a la hermana Margarita se le renovaba aquel dolor de costado que le apareció durante la primera revelación cuando lo unió al adorable Corazón de Jesús y al mismo tiempo se le presentaba como un sol brillante.

Y dice Margarita: «Una vez entre todas, estando expuesto el Santísimo Sacramento, después de sentirme completamente retirada al interior de mí misma, se me presentó Jesucristo, mi divino Maestro, todo radiante de gloria, con sus cinco llagas, que brillaban como cinco soles, y por todas partes salían llamas de su sagrada humanidad, especialmente de su adorable pecho y me descubrió su amantísimo y amabilísimo Corazón, que era el vivo foco de donde aparecían todas las llamas.

»Entonces me explicó las inexplicables maravillas de su puro amor y hasta qué exceso había llegado su amor para con los hombres, de quien no recibía sino ingratitudes. Esta aparición era más brillante y regia que las anteriores. Amante apasionado, se queja del desamor de los suyos y, divino mendigo, nos tiende la mano el Señor para solicitar nuestro amor».

«Está atenta a mi voz», le dice Jesús y dirige varias peticiones: «Primera: me recibirás sacramentado, tantas veces como la obediencia te lo permita. Comulgarás además todos los primeros viernes de cada mes. Todas las noches, del jueves al vier-

nes, haré que participe de aquella mortal tristeza que yo quise sentir en el Huerto de los Olivos: tristeza que te reducirá a una especie más difícil de sufrir que la muerte. Para acompañarme en la humilde oración que hice entonces a mi Padre en medio de todas mis congojas, te levantarás de once a doce para postrarte durante una hora conmigo, el rostro en el suelo, tanto para colmar la cólera divina, pidiendo misericordia para los pecadores, como para suavizar, en cierto modo, la amargura que sentí al ser abandonado por mis Apóstoles, obligándome a echarles en cara el no haber podido velar una hora conmigo».

Esta larga aparición, que tuvo lugar el año 1674, hace que Margarita quede absorta en la capilla y las hermanas la tienen que hacer volver en sí y la llevan ante la M. Superiora, la M. de Saumaise, y cae de rodillas en su presencia, temblorosa y conmovida. La M. Superiora la humilla duramente, ella le presenta las peticiones que le ha hecho el divino Corazón y la M. Superiora da un no tajante a todas ellas.

Tras este incidente, Margarita se ve reducida a un estado continuo de fiebre y calentura que no cede ante los remedios que se le recetan. Margarita sufre más de sesenta excesos de fiebre y está a punto de morir. En todo momento el Médico celestial la consuela, incluso se le aparece la Santísima Trinidad en forma de tres jóvenes resplandecientes vestidos de blanco. Otro día, ansiosa por ir a recibir la santa Eucaristía, se le apa-

rece Jesucristo y le dice: «Levántate y ven a buscarme», cosa que hace sin dificultad.

La M. de Saumaise quiere acabar con ello y le dice: «Si son del Señor estas peticiones que me hace, pídale usted la cura enseguida y se las concederé». La enferma obedece y al momento recobra la salud por medio de su Madre divina: «Ánimo, querida hija, yo te doy la salud de parte de mi divino Hijo; aún queda

---

**«Me explicó las inexplicables maravillas de su puro amor y hasta qué exceso había llegado su amor para con los hombres, de quien no recibía sino ingratiudes».**

---

un largo y penoso camino que recorrer». La rápida curación impresiona vivamente a la M. Superiora y a la comunidad.

En vez de aceptar este hecho como una prueba de la verdad de las apariciones, la Superiora y la comunidad se preguntan aún sobre la veracidad del espíritu que las guía y creen necesario hacerla examinar por varias personas doctas. La conclusión de ellos fue considerar a Margarita una visionaria, dándole orden de comer sopa y condenar su gusto por la oración y prohibir a Margarita y a la Superiora que hicieran caso de estas maravillas, por evidentes que fueran.

Durante varios meses Margarita

sufre terribles tribulaciones interiores que le sirven para confiar solo en Dios y dominarse a sí misma ante los ataques de la comunidad.

Eran finales del año 1674, cuando Margarita está ya al límite de las resistencias, el divino Maestro interviene y le anuncia: «Yo te enviaré a mi siervo. Descúbrete a él por completo, y él te dirigirá según mis proyectos».

A los pocos días de llegar a Paray-le-Monial, a mediados de febrero de 1675, como superior de la casa de la Compañía de Jesús en la ciudad, el P. Claudio la Colombière, joven jesuita, casi recién ordenado, hace una visita al monasterio de la Visitación para darse a conocer y al entrar en el locutorio, donde le reciben las hermanas, Margarita siente una voz interior que le dice: «Éste es el que te envió». Tras una plática que dio este joven jesuita a la comunidad, el padre Claudio le pregunta a la Superiora: ¿Quién es esa joven religiosa? Sin duda es un alma privilegiada. Algo especial vio en la Hna. Margarita que le llamó la atención, pero ella no se le descubre hasta que la Madre Superiora no se lo ordena.

En la primera reunión que tuvieron, Margarita le explica al padre todas las maravillas del amor divino que la martirizan, así como todo su interior. Tras esta exposición de su vida el padre Claudio le confirma: «Nada tiene que temer, el espíritu de Dios es quien la guía; siga sus movimientos; sea la víctima del Sagrado Corazón». ¡Un río de paz inundó su corazón!





## Hace 75 años

«Las órdenes terceras, llamadas a impulsar la paz de Cristo en el Reino de Cristo»

Ibón Elósegui

---

*Dentro del conjunto de actividades y organizaciones que con sobrenatural eficacia y espíritu de apostolado han servido a la misión específica de la Iglesia, descuellan sin duda alguna las órdenes terceras, que sobre todo en sus comienzos formaron, en frase de Pío X, una «sagrada milicia» que combatió eficazmente para la instauración y difusión de la paz de Cristo.*

*Las órdenes terceras han sido el lugar donde cientos de seglares han encontrado su lugar para servir a la Iglesia. Este «apostolado seglar» nació con la misma Iglesia, pero fue desarrollándose y adaptándose a las distintas épocas en función de las necesidades y urgencias de cada tiempo.*

*Hace 75 años, la revista Cristiandad dedicaba el número de septiembre al apostolado seglar de las órdenes terceras. De aquel número recogemos la encíclica publicada de León XIII con motivo del 7º centenario de san Francisco de Asís, cuya orden franciscana tanto bien ha hecho a la Iglesia y a su Orden tercera, de la cual afirma el Papa: «la paz doméstica y la tranquilidad pública... salen como de una raíz de la Orden tercera de los franciscanos», de tal manera que «si ellas floreciesen, la fe, la piedad, la honestidad de costumbres florecerían también».*

---

**E**NCÍCLICA *Auspicato Concessum* sobre san Francisco de Asís y la propagación de la venerable orden tercera franciscana de S.S. León XIII

En el 7º centenario de san Francisco de Asís

El doble centenario de Benito y Francisco excita a honrar a las órdenes. Por una dichosa merced, el pueblo cristiano ha podido celebrar en un breve intervalo el recuerdo de los dos

hombres que, llamados a gozar en el Cielo de las eternas recompensas de la santidad, dejaron sobre la tierra una gloriosa falange de discípulos, como retoños que sin cesar renacen de sus virtudes. Porque después de las fiestas seculares en memoria de Benito, el padre y legislador de los monjes en Occidente, va a ocurrir una ocasión de tributar honores públicos a Francisco de Asís por el séptimo centenario de su nacimiento. [...]

El Salvador del género humano,



*San Francisco impone el hábito de la Orden Tercera al caballero Luquesio y a su esposa Buenadonna,*  
Manuel de la Cruz Vázquez (s.XVIII)

Jesucristo, es la fuente eterna e inmutable de todos los bienes que para Nos proceden de la infinita bondad de Dios; de modo que aquel que ha salvado una vez al mundo es también el que le salvará en todos los siglos; porque no hay bajo el cielo otro nombre que haya sido dado a los hombres por el cual podamos salvarnos. Si, pues, sucede que, por el vicio de la naturaleza o la falta de los hombres, cae en el mal el género humano y parece necesario para levantarle un especial socorro, es preciso absolutamente recurrir a Jesucristo y ver en Él el mayor y más seguro remedio de salvación [...]

La curación es cierta si el género humano vuelve a profesar la sabiduría cristiana y las reglas de vida del Evangelio. Cuando ocurren males como éstos de que Nos hablamos,

ofrece Dios al mismo tiempo un socorro providencial suscitando a un hombre, no escogido al azar entre los demás, sino eminente y único, a quien encarga de procurar el restablecimiento de la salud pública. Y esto es lo que sucedió a fines del siglo XII y algo más tarde. Francisco fue el obrero de esta gran obra.

### **La época de san Francisco de Asís...**

Se conoce bastante bien esta época, con su mezcla de vicios y virtudes. La fe católica estaba entonces más profundamente arraigada en las almas; ofrecía también un hermoso espectáculo aquella multitud inflamada de piadoso celo que iba a Palestina para vencer o morir en ella. Pero el libertinaje había alterado mucho las costumbres de los pueblos, y era de todo punto necesario que los

hombres volviesen a los sentimientos cristianos [...] Había mucha escasez de estas virtudes en el siglo XII, porque gran número de hombres eran entonces, por decirlo así, esclavos de las cosas temporales, o amaban con frenesí los honores y las riquezas o vivían en el lujo y en los placeres [...]

En este siglo apareció Francisco. Con admirable constancia y rectitud igual a su firmeza, se esforzó con sus palabras y con sus actos en colocar a la vista de todos los ojos del mundo caduco la imagen auténtica de la perfección cristiana [...]

Interpretando estos avisos como dirigidos a él directamente, se despojó al instante de todo, cambió los vestidos, adoptó la pobreza como asociada y compañera por todo el resto de su vida, y adoptó la resolución de que estos grandes preceptos y virtu-

des que él había abrazado con noble y sublime espíritu fueran las reglas fundamentales de su Orden [...]

Con el amor a la Cruz, ardiente caridad abrazó el corazón de Francisco y le impulsó a propagar con celo el nombre cristiano, hasta exponer su vida al peligro más próximo. Abrazaba a todos los hombres en esta caridad; pero buscaba especialmente a los pobres y los pequeños, de suerte que parecía colocarse entre aquellos de quienes los demás acostumbraban a retraerse o a los que orgullosamente despreciaban. Por esto mereció bien de esa fraternidad por la cual Jesucristo, restaurándola y perfeccionándola, ha hecho de todo el género humano una sola familia, colocada bajo la autoridad de Dios, Padre común de todos [...]

No se puede creer con qué ardiente simpatía, que era casi la impetuosidad, se llegaba la multitud a Francisco. Por donde iba, un gran concurso de pueblo le seguía, y no era raro que en las poblaciones pequeñas y en las ciudades más populosas los hombres de todas las clases le pedían ser admitidos en su regla. Esto fue lo que obligó al santo patriarca a establecer la **cofradía de la Orden tercera**, destinada a comprender todas las condiciones y edades de ambos sexos, sin que rompiesen por ello los vínculos de la familia y de la sociedad. Él la organizó sabiamente, menos con reglas particulares que con las propias leyes evangélicas, que nunca parecerán duras a ningún cristiano. Sus reglas, en efecto, son: obedecer a los mandamientos de Dios y de la Iglesia; abstenerse de pasiones y de luchas; no desaprovechar cuanto cede en beneficio del prójimo; no tomar las armas sino para la defensa de la religión y de la patria; ser moderado

en el comer y el vivir; evitar el lujo y abstenerse de las peligrosas seducciones [...]

[...] En las más altas clases y en las más inferiores hubo un apresuramiento general, un ardor generoso, para afiliarse a aquella Orden de Hermanos Franciscanos. Entre otros, solicitaron este honor Luis IX, rey de Francia, e Isabel, reina de Hungría [...]

Los asociados en la Orden tercera mostraron siempre tanta piedad como valor en la defensa de la religión católica [...] Y aun nuestro predecesor Gregorio IX, habiendo alabado públicamente su valor y su fe, no vaciló en cubrirles con su autoridad y en llamarles honoríficamente «soldados de Cristo, nuevos Macabeos». Este elogio era merecido. Porque daba gran fuerza al bien público que esta corporación de hombres que tomaban por guía las virtudes y las reglas de su fundador, se aplicasen tanto como pudieran a hacer revivir en el estado las honradas costumbres cristianas.

Tanto más cuanto que el carácter de nuestro tiempo requiere por muchos conceptos el carácter mismo de esta institución. Como en el siglo XII, la divina caridad se ha debilitado mucho en nuestros días, y hay, sea por negligencia, sea por ignorancia, gran relajamiento en la práctica de los deberes cristianos. Muchos, llevados por una corriente de los espíritus y por preocupaciones del mismo género, pasan su vida buscando ávidamente el bienestar y el placer. Enervados por el lujo, disipan su patrimonio y codician el de otro; exaltan la fraternidad, pero hablan de ella mucho más que la practican; les absorbe el egoísmo, y la verdadera caridad para los pequeños y los pobres disminuye diariamente [...]

Lo mismo hoy, los fautores y propagadores del naturalismo se multiplican. Éstos niegan que sea preciso estarse sometidos a la Iglesia, y, por una consecuencia necesaria, van hasta desconocer el mismo poder civil: aprueban la violencia y la sedición en el pueblo; ponen en duda la propiedad; adulan las concupiscencias de los proletarios; quebrantan los fundamentos del orden civil y doméstico.

### Motivo de gran esperanza

En medio de tantos y tan grandes peligros comprendéis ciertamente, venerables hermanos, que hay motivo para esperar mucho de las instituciones franciscanas llevadas a su estado primitivo. Si ellas floreciesen, la fe, la piedad, la honestidad de costumbres florecerían también; este apetito desordenado de cosas perecederas sería destruido, y no se cuidaría sino de reprimir las pasiones por la virtud; lo que la mayor parte de los hombres consideran hoy como el yugo más pesado e insoportable. Unidos los hombres por el brazo de la fraternidad, amaríanse entre sí, y tendrían para los pobres y los indigentes, que son la imagen de Jesucristo, el respeto conveniente. Por otra parte, los que están penetrados en la religión cristiana saben con toda certeza que es un deber de conciencia obedecer a las autoridades legítimas.

Es justo decir que la paz doméstica y la tranquilidad pública, la integridad de las costumbres y la benevolencia, el buen uso y la conservación del patrimonio, que son los mejores fundamentos de la civilización y de la estabilidad de los estados, salen como de una raíz de la Orden tercera de los franciscanos, y Europa debe en gran parte a Francisco la conservación de esos bienes...





## Actualidad religiosa

Javier González Fernández

### 53° Congreso Eucarístico internacional en Quito

**F**RATERNIDAD para sanar el mundo. «Vosotros sois todos hermanos» (Mt 3, 28). Con este lema tuvo lugar el 53° Congreso Eucarístico internacional (CEI) los días 8 a 15 de septiembre en la ciudad de Quito (Ecuador) por celebrar ese país el ciento cincuenta aniversario de su consagración al Sagrado Corazón de Jesús.

Desarrollando este lema, el documento base del Congreso proponía la reflexión sobre la fraternidad en el designio creador de Dios, que ha sido rota por el pecado y se presenta hoy en día totalmente desfigurada. Sin embargo, nuestro mundo herido no ha sido abandonado a su suerte, sino que ha sido merecedor de una sanación infinitamente mayor a su herida, de una nueva vida que brota del costado abierto de Cristo y que a través de la Eucaristía, cumbre y fuente de toda vida cristiana, ofrece un nuevo rumbo a la historia humana.

En este clima espiritual, bajo el resplandeciente sol quiteño y en un ambiente de fiesta, unas dos mil personas, con delegaciones de todos los continentes, se congregaron en la explanada del parque Bicentenario de la capital ecuatoriana para participar en la Eucaristía inaugural del CEI 2024. Tras los ritos iniciales, se compartió un vídeo mensaje enviado por el papa Francisco en el que recordó –citando a san Agustín– que «siendo muchos, somos un único cuerpo, un único pan» y es así como crecemos como hermanos y como Iglesia, unidos por el agua del bautismo y acrisolados por el fuego del Espíritu Santo. Esta es la fraternidad honda –continuó el Santo Padre glosando a san Ignacio de Antioquía–, que nace de la unión con Dios, que nace de dejarnos moler, como el trigo, para poder llegar a ser pan, cuerpo de Cristo, participando de este modo plenamente de la Eucaristía y de la asamblea de los santos, y que los cristianos de hoy deben buscar de forma proactiva. «Recobremos esta fraternidad radical con Dios y entre los hombres. Somos uno, en el único Señor de nuestra vida; somos uno de una forma que no somos capaces de enten-



Procesión eucarística por las calles de Quito

der plenamente, pero lo que sí entendemos es que sólo en esa unidad podemos servir al mundo y sanarlo».

Durante la Santa Misa, en la que estuvieron presentes el cardenal Baltazar Porras, legado Pontificio para este Congreso, monseñor Andrés Carrascosa, nuncio apostólico en el Ecuador, junto a obispos de varios países del mundo, sacerdotes y religiosos, más de 1600 niños recibieron su primera comunión convirtiéndose en los protagonistas de la jornada. En la homilía, monseñor Alfredo José Espinoza, SDB, arzobispo de Quito, destacó la importancia de la Eucaristía como un desafío para convertirnos en verdaderos constructores de fraternidad, sanando las heridas del mundo y promoviendo la unidad entre los hombres. «El mundo nos divide, pero Jesús nos llama a ser hermanos». La Eucaristía concluyó con la intervención del cardenal Porras, que declaró inaugurado el Congreso y resaltó el gran regalo que ha sido la primera comunión de todos esos niños: «Son ellos una luz de esperanza, son ellos los que hoy con su canto, con su candor y con su ternura nos están diciendo que sí vale la pena seguir al Señor y que es la Eucaristía la que nos da a todos nosotros su fuerza».

Además de las distintas ponencias y testimonios presentados en el Congreso durante esos días el sábado 14 de septiembre, tras la celebración de la santa misa, tuvo lugar una solemne procesión con el Santísimo Sacramento por las calles del centro histórico de Quito, adornadas con decenas de alfombras de flores con llamativos diseños eucarísticos. Desde su salida en la plaza de San Francisco, el Santísimo realizó siete paradas –en las que se oró por las intenciones del Santo Padre y de la Iglesia, por el país, la ciudad y sus autoridades, por la vida religiosa, la familia, la paz, por

la niñez y juventud y por agentes de pastoral– antes de llegar a la basílica del Voto Nacional, donde el cardenal Porras impartió la bendición con el Santísimo Sacramento.

Al día siguiente concluyó el Congreso con una misa de clausura o *Statio orbis* en la explanada del parque Bicentenario presidida por el cardenal Porras. En la homilía el legado pontificio afirmó llegar al final de este Congreso Eucarístico Internacional con las alforjas llenas de ricos testimonios cargados de esperanza y con la seguridad de que la Eucaristía y la devoción al Corazón de Jesús ampliarán el horizonte de nuestras vidas para servir mejor a un mundo contradictorio, herido, pero redimido en Cristo, con la tarea de transfigurarlos. Y antes de dar la bendición final anunció con gran entusiasmo que la próxima sede del Congreso Eucarístico internacional será la ciudad de Sídney (Australia) en 2028, coincidiendo con la conmemoración del centenario del Congreso Eucarístico internacional de 1928 que se celebró en aquel país.

### **Viaje apostólico del papa Francisco a Asia y Oceanía**

El 3 de septiembre el papa Francisco llegó a Yakarta en la primera etapa de su largo viaje apostólico a Asia y Oceanía, el más largo y lejano de todo su pontificado. Tras la ceremonia de bienvenida en el exterior del palacio presidencial «Istana Merdeka», que tuvo lugar al día siguiente de su llegada, el Papa realizó una visita de cortesía al presidente de la República, Joko Widodo, y después se encontró con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático indonesio en el mismo palacio presidencial y, en privado, con los miembros de la Compañía de Jesús en la Nunciatura Apostólica. Por la tarde el Pontífice

se reunió con los obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados, seminaristas y catequistas en la catedral de Nuestra Señora de la Asunción, donde comentó el lema elegido para esta visita apostólica: «Fe, fraternidad, compasión». Conmovido por el testimonio de una catequista, el Papa afirmó, de forma espontánea, que «a la Iglesia la llevan adelante los catequistas. Los catequistas son aquellos que van al frente, que siempre van al frente. Luego vienen las religiosas –inmediatamente después de los catequistas–; le siguen los sacerdotes y el obispo. Sin embargo, son los catequistas los que van “siempre al frente”, son la fuerza de la Iglesia». Al final de la tarde el Santo Padre se encontró con los jóvenes de Scholas Occurrentes con los que conversó y respondió a sus preguntas. En su tercer día en Indonesia, el Papa participó en un encuentro interreligioso en la mezquita «Istiqlal», se reunió con diversas organizaciones caritativas en la sede de la Conferencia Episcopal Indonesia y, ya por la tarde, presidió la santa misa en el estadio «Gelora Bung Karno», donde más de 100.000 fieles abarrotaron el estadio y sus alrededores para mostrar su cercanía al Pontífice. En la homilía el Santo Padre hizo hincapié en las dos actitudes fundamentales que debemos vivir para ser capaces de ser discípulos de Jesús: «La primera actitud es escuchar la Palabra y la segunda es vivir la Palabra».

El 6 de septiembre la comitiva papal partía de Yakarta hacia Port Moresby, capital de Papúa Nueva Guinea, y al día siguiente, tras una visita de cortesía al gobernador general, Robert Dadae, el Papa se encontró también aquí con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático de este país. Por la tarde visitó a los niños de una escuela secundaria técnica de Cáritas, a quienes habló del

amor a Dios y al prójimo: «Nosotros debemos concentrar todas nuestras fuerzas dirigiéndolas hacia una meta, que es el amor a Jesús –y, en Él, a todos los hermanos y hermanas que encontramos en el camino–, para luego con impulso colmar todo y a todos con nuestro afecto». El obispo de Roma acabó el día reuniéndose, en el santuario de María Auxiliadora, con los obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados, seminaristas y catequistas que trabajan en Papúa Nueva Guinea y en las Islas Salomón, ante quienes hizo referencia a tres aspectos del camino cristiano y misionero –«la valentía de empezar, la belleza de existir y la esperanza de crecer»– y les animó a seguir su labor con «el estilo de Dios», el estilo de «la cercanía, la compasión y la ternura».

El domingo 8 de septiembre, el Santo Padre visitó al primer ministro, Hon James Marape, en la Nunciatura Apostólica y posteriormente presidió la santa misa en el estadio «Sir John Guise» bajo un radiante sol y ante más de 35.000 fieles venidos de las diferentes islas del país oceánico. En su homilía el Papa habló de la existencia de «una sordera interior y un mutismo del corazón que dependen de todo aquello que nos encierra en nosotros mismos, que nos cierra a Dios, nos cierra a los demás (...) y nos aleja de Dios, de los hermanos y también de nosotros mismos; y nos aleja de la alegría de vivir». Ante esta lejanía, resaltó el papa Francisco, Dios responde con la cercanía de Jesús. «Ustedes que habitan en esta tierra tan lejana, –concluyó– tal vez tienen la impresión de estar separados, separados del Señor, separados de los hombres, y esto no es así, no: ¡ustedes están unidos, unidos en el Espíritu Santo, unidos en el Señor! Y el Señor dice a cada uno de ustedes: “Ábrete”. Esto es lo más importante: abrirse a Dios, abrirse a los

hermanos, abrirse al Evangelio y hacer de él la brújula de nuestra vida. También a ustedes hoy les dice el Señor: “**¡Ánimo, no temas, pueblo papú! ¡Ábrete! Ábrete a la alegría del Evangelio, ábrete al encuentro con Dios, ábrete al amor de los hermanos**”».

Tras la celebración eucarística el Papa tomó de nuevo el avión para pasar la tarde en Vanimo, capital de la provincia de Sandaun en el noroeste de Papúa Nueva Guinea, donde se reunió con los fieles de esa diócesis –animándoles a seguir promoviendo el anuncio misionero y embellecer cada vez más esa tierra venturosa con su presencia de Iglesia que ama– y, en privado, un grupo de misioneros en la escuela de Humanidades «Santísima Trinidad».

Al día siguiente, ya de vuelta a Port Moresby, el Papa se reunió con los jóvenes de nuevo en el estadio «Sir John Guise», –a quienes exhortó a no ser indiferentes y a levantarse cada vez que se caigan–, para después despedirse ya de Papúa Nueva Guinea y puso rumbo a Timor Oriental, donde fue recibido a media tarde en Dili, su capital, y visitó al presidente de la República, José Ramos-Horta, y también se reunió con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático.

El martes 10 de septiembre el obispo de Roma visitó a niños con discapacidad de la escuela «Irmãs Alma», hablándoles del «sacramento de los pobres» y regalándoles una figura de san José, que «cuida a la Virgen y la Virgen cuida a Jesús», se reunió con los obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados, seminaristas y catequistas en la catedral de la Inmaculada Concepción, animándoles a custodiar y difundir el perfume de Cristo y de su Evangelio, y se encontró, en privado, con los miembros de la Compañía de Jesús

en la Nunciatura Apostólica. Ya por la tarde, el Papa presidió una multitudinaria Eucaristía en la explanada de Tasitolu a la que acudieron 600.000 timorenses. En su homilía el Santo Padre les animó a no tener miedo a hacerse pequeño ante Dios y los unos frente a los otros, a no tener miedo de perder la vida y les advirtió del peligro de los «cocodrilos que quieren cambiarles la cultura, que quieren cambiarles la historia. Manténgase fieles. Y no se acerquen a esos cocodrilos porque muerden, y muerden mucho». Al día siguiente, las últimas horas del Papa en Timor Oriental las pasó con los jóvenes, a los que dió dos consejos: «hacer lío» y respetar y escuchar a los ancianos.

Ya por la tarde el papa Francisco llegó a Singapur, donde se reunió, en privado, con los miembros de la Compañía de Jesús en el centro de retiros San Francisco Javier. Al día siguiente tuvieron lugar de nuevo la protocolaria ceremonia de bienvenida, la visita al Presidente de la República, Tharman Shanmugaratnam, y el encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático de este país asiático. La jornada terminó con la celebración eucarística en el estadio nacional de «SportsHub», a la que acudieron más de 50.000 fieles y en la que el Papa volvió a hablar del amor, del «amor que construye» y está detrás de toda obra buena, de un amor del que el hombre es capaz porque en su raíz está Dios.

En el último día de viaje, 13 de septiembre, el Papa empezó la jornada visitando a un grupo de ancianos y enfermos en la «Casa Santa Teresa», a quienes instó a rezar por el Papa, por la Iglesia y por la humanidad porque su oración es muy importante ante Dios. Posteriormente tuvo lugar un encuentro interreligioso con los jóvenes y ya se despidió de «la perla de Asia» para regresar al Vaticano.



## Actualidad política

Jorge Soley Climent

### Francia: republicanos y musulmanes frenan a Le Pen al precio de la inestabilidad endémica

**L**AS elecciones al Parlamento europeo del pasado mes de junio supusieron en Francia una sacudida y el inicio de un periodo de inestabilidad del que, tres meses después, aún no se ve el final.

Todo empezó con la victoria del *Rassemblement national* (RN) liderado por Marine Le Pen, que obtuvo en las europeas el 31,4% de los votos, superando ampliamente a la lista del presidente Macron, que sólo consiguió el 14,6% de los sufragios. Macron quedaba así desacreditado y se evidenciaba el menguante apoyo del que goza en un país azotado por una crisis generalizada que tiene como síntoma más evidente la inseguridad provocada por los crecientes actos de violencia. Su reacción fue sorprendente: disolver el parlamento y convocar unas atípicas nuevas elecciones legislativas, que en Francia se desarrollan en dos vueltas.

En la primera vuelta el RN mantuvo el apoyo que había obtenido durante las europeas, siendo la lista más votada en más de 300 distritos, mientras los otros dos grandes bloques, el Nuevo Frente Popular (NFP), una lista que amalgama a todos los partidos de izquierda y extrema iz-

quierda, y la lista del presidente Macron, *Ensemble*, obtuvieron en torno al 25% de los votos cada una. La semana que transcurrió entre la primera y la segunda vuelta fue testigo de numerosos actos de violencia por parte de la izquierda, que amenazaba con hacer arder el país si el RN obtenía la victoria final, y de una campaña mediática masiva para frenar las aspiraciones del partido de Le Pen. Para ello fueron clave dos elementos. Por una parte, el diseño de las elecciones a dos vueltas: para evitar la realización de una segunda vuelta en un distrito electoral, un candidato debe ganar en la primera vuelta con más del 50% de los votos en dicho distrito. En cambio, para participar en la segunda vuelta se necesita un mínimo del 12,5% de los votos en la primera vuelta, lo que significa que en la mayoría de los distritos se suelen clasificar entre 3 y 4 candidatos para la segunda vuelta, en la que gana el escaño el candidato más votado (sin necesidad de alcanzar el 50% de los votos). En esta ocasión, sólo en 76 de los 577 distritos electorales hubo un candidato que obtuvo más del 50% de los votos en la primera vuelta, por lo que se debió realizar una segunda vuelta en 501 distritos, haciéndola decisiva. El otro factor fue el llamado «*barrage républicain*», una barrera republicana para impe-

dir que el partido de Le Pen se alzara con la victoria que consistía en que, tanto la izquierda como Macron, se comprometían a retirar a sus candidatos con menos votos en la primera vuelta al tiempo que pedían el apoyo al único candidato que se enfrentaba con el RN. Se vio así a liberales pidiendo el voto para trotskistas... y viceversa. El RN fue el partido más votado en la segunda vuelta, con más de diez millones de votos, pero solamente obtuvo 143 escaños, un crecimiento de 54 respecto del anterior parlamento pero muy lejos de la mayoría. El gran beneficiado de esta estrategia fue el NFP, que con sólo siete millones de votos ha obtenido 182 escaños, convirtiéndose en el bloque con más representación en el parlamento. Por su parte, el partido de Macron, con 6,7 millones de votos, obtiene 168 escaños.

El RN de Le Pen confirmaba así su fuerza, aunque fracasaba en su estrategia para alcanzar el poder. Una estrategia que le había llevado a renunciar a muchas de sus propuestas más discutidas (la defensa de la vida es uno de los sacrificados en esta deriva) y a centrarse casi exclusivamente en el control y limitación de la inmigración y en la inseguridad. En cualquier caso, el proceso de «desdiabolización» no ha funcionado como esperaban y la estrategia de Macron de presentar al RN como el «partido maldito», el que está fuera del marco «republicano», ha vuelto a funcionar.

Macron salva los muebles y desactiva la llegada al poder del partido de Le Pen, pero también deja en evidencia su enorme debilidad: toda su carrera política ha consistido en reunir, en torno a su persona, a sensibilidades a ambos lados del espectro político, debilitando los extremos y cohesionando un gran

polo central liberal, progresista y europeísta. Algo que pareció conseguir en un momento inicial pero que se ha ido erosionado con cada vez más intensidad hasta quedar ahora atrapado entre precisamente los dos bloques que había pretendido llevar a la irrelevancia y que son más fuertes que nunca. Los meses transcurridos desde las votaciones sin que se haya podido formar un nuevo gobierno son la muestra de la situación de bloqueo a la que ha llevado Macron a Francia. Con un RN excluido, la única opción sería un gobierno de coalición entre Macron y el Nuevo Frente Popular, pero una cosa es bloquear el paso a Le Pen y otra muy distinta gobernar junto a un conjunto dispar de partidos marxistas que, además, insisten en que sólo apoyarán a un candidato «de consenso» si éste no sigue las políticas de Macron. A esto se añade que las elecciones no pueden repetirse hasta dentro de un año, por lo que no se vislumbra una salida clara. La V República ha funcionado en régimen bipartidista, pero los actuales tres bloques llevan a una crisis por bloqueo. La apuesta de Macron, «yo, o el caos», ha acabado siendo «yo y el caos que he producido y soy incapaz de solventar».

**Otro aspecto que se ha constatado es el de la quiebra del país entre lo que se ha dado en llamar metropolia contra periferia.** La primera es el bastión de Macron y de la izquierda (el voto al NFP ya no es obrero, sino acomodado y burgués, de ahí la facilidad de trasvase de voto entre izquierdistas y macronistas a pesar de la aparente distancia ideológica), la segunda está compuesta por medianas y pequeñas ciudades y el ámbito rural, donde el voto a Le Pen es claramente mayoritario.

Por último, para comprender lo

sucedido, no se puede silenciar el creciente peso del voto musulmán. En una Francia de 68 millones de habitantes, 19 millones son inmigrantes, hijos o nietos de inmigrantes. Entre ellos es la inmigración de origen árabe, magrebí y subsahariana la que tiene mayor peso. Son ellos, abrumadoramente musulmanes, quienes ya han cambiado el equilibrio interno de la población francesa. Nacidos muchos ya en Francia, el 97% de quienes han crecido en familias musulmanas mantienen la religión de sus padres (frente a sólo el 67% de los que han crecido en familias católicas) y, de estos, el 76% de los musulmanes considera que la religión es muy importante y afecta a todos los aspectos de la vida (frente al 27% de los católicos). Hay lugares, como los departamentos de Île de France, donde los recién nacidos con nombre islámico ya superan el 55%. Por otro lado, el uso del velo entre las mujeres musulmanas ha aumentado un 55% de 2009 a 2020 y casi el 60% de los jóvenes musulmanes cree que la *sharia* es más importante que la ley de la República, un aumento de diez puntos con respecto a 2016.

Los musulmanes con derecho al voto suelen abstenerse más que la media, pero en ocasiones determinantes, como ha sido el caso de la segunda vuelta de las legislativas, se movilizan masivamente: el 80% de ellos ha votado por el NFP, haciendo bascular los resultados. **En tiempos de Mitterrand no votaban más de medio millón de musulmanes; ahora lo hacen ya cinco millones, siendo decisivos en el resultado final y poniéndoselo extremadamente difícil a cualquier opción política que quiera poner freno a la creciente islamización de nuestro país vecino.**

## Inglaterra, entre protestas étnicas y el advenimiento del Gran Hermano

También ha sido éste del 2024 un verano caliente en Inglaterra. El pasado 29 de julio un chico de 17 años, hijo de inmigrantes ruandeses, asesinaba a puñaladas a tres niñas de seis, siete y nueve años y hería a ocho personas más en Southport, cerca de Liverpool. Era la chispa que hizo estallar violentas protestas contra el imparable crecimiento de la violencia relacionada con población inmigrante o con sus descendientes y que se saldaron con decenas de policías y manifestantes heridos. Unos disturbios que han sacado a la luz las profundas divisiones de la sociedad británica en torno a la cuestión de la inmigración y de la incapacidad de la clase política para dar respuestas a los problemas que ésta genera. Y es que, a pesar de la promesa del Brexit de «retomar el control» de las fronteras para limitar la inmigración, fue en 2023, bajo un gobierno conservador, cuando se batió el récord de entradas de inmigrantes legales en el Reino Unido, que alcanzaron la cifra de 700.000. Esta inmigración masiva no contaba con el apoyo de la mayoría del pueblo británico, pero cualquiera que se opusiera a ella era tachado de racista.

La realidad se ha encargado de poner las cosas en su sitio. Quienes viven en Londres saben que los apuñalamientos son una amenaza diaria, que la delincuencia campa a sus anchas y que si se oyen gritos hay que correr lo más rápido posible, sin volverse para mirar atrás. En Londres, en sólo un año, los delitos con arma blanca han aumentado un 20%, una cifra similar al aumento experimentado en el resto del país, superando la cifra de 50.000 ataques

al año. Estos delitos suelen estar relacionados con el terrorismo islámico, las bandas de inmigrantes y las pandillas juveniles.

Durante mucho tiempo el Reino Unido experimentó altos niveles de inmigración sin, al parecer, pagar las consecuencias. A diferencia de Francia, el país ofrecía una imagen de multiculturalismo feliz, con sus comunidades de inmigrantes visibles pero integradas. Algunos advertían de que aquello era pura fachada y acabaría por estallar. Eran denostados pero tenían razón: **estamos asistiendo ahora al fracaso del proyecto social denominado «multiculturalismo»**. Desde los años 60 el Reino Unido había adoptado una visión de la sociedad basada en «la búsqueda de una coexistencia pacífica entre las diferentes comunidades que componen el país». Se pretendía construir una sociedad basada en la suma de culturas, historias, religiones e identidades extremadamente diversas. Se trataba de un proyecto político en el que el peso de lo colectivo pretendía no imponerse nunca a la individualidad, una idea de sociedad en la que la dinámica de la tolerancia se elevaba a la categoría de valor primordial y la esperanza en el «enriquecimiento mutuo» pretendía ser la única garantía de armonía social. Ya en 2011, el primer ministro británico David Cameron señaló el innegable fracaso del multiculturalismo, generador de una sociedad que ya no comparte nada que la pueda unir, compuesta por comunidades que conviven indiferentes las unas a las otras y acaban enfrentadas, de un mundo en el que la tolerancia a toda costa llega a tolerar atrocidades con tal de no aparecer como racista o xenófobo.

Estos disturbios ocurren en una Inglaterra agobiada por la superpo-

blación en las cárceles, lo que llevó al nuevo primer ministro laborista, Keir Starmer, a aprobar a principios de julio una medida «vacía cárceles» que prevé la excarcelación de los presos que hayan cumplido al menos el 40% de su condena, bajando así el requisito que ahora está en el 50%. Las cárceles se vacían, sí, pero para dejar espacio a los nuevos reclusos, más de mil, relacionados con los disturbios de este agosto. Pero entre estos últimos no sólo están los autores materiales de actos vandálicos, incendios y destrucción de bienes. También están los acusados de «incitación al odio», ese elástico concepto que puede llegar hasta extremos insospechados. El ejemplo de David Spring es muy significativo: ferroviario jubilado de 61 años, ha sido condenado a 18 meses de cárcel por blasfemar contra Alá en una de las primeras protestas en Londres, cerca de Downing Street, el pasado 31 de julio. Al menos no va a ser ejecutado, como le habría sucedido en Pakistán. Los crímenes de odio, además, no se limitan a lo expresado en la calle durante las manifestaciones que acabaron en graves disturbios, también se extienden a todo aquello que se publique en redes sociales. Keir Starmer advirtió de que «no sólo quienes están personalmente implicados [en los disturbios], sino también quienes lo están remotamente, son culpables». En Inglaterra basta un *tweet* equivocado para acabar en la cárcel; el Ministerio del Interior lo dice explícitamente en su campaña de sensibilización «*Think before you post*» (piensa antes de publicar). **El gobierno se muestra incapaz de devolver la seguridad a la población británica pero, en cambio, muestra una gran eficacia a la hora de encarcelar a sus críticos.**



¡La mejor librería religiosa en Barcelona!

✉ info@balmeslibreria.com

🖱 balmeslibreria.com

☎ 682 856 468

☎ 93 317 80 94



**Colabore en la difusión  
CRISTIANDAD  
¡Suscriba a un amigo!**

La revista CRISTIANDAD necesita su ayuda para continuar contribuyendo a la extensión del Reino de Cristo a través de la devoción al Corazón de Jesús y de María.

### Suscripción anual

Suscripción España (papel)	50 euros
Suscripción fuera de España (papel)	65 euros
Suscripción en formato digital	20 euros
Suscripción de colaborador (papel)	80 euros

### Puede suscribirse en:

<http://cristiandad.orlandis.org/suscripcion/administracion.cristiandad@orlandis.org>

### Donativos:

- Domiciliación bancaria
- Ingreso en cuenta:  
ES18-2100-1366-12-0200082911  
(Fundación Ramon Orlandis i Despuig)



### Junto a los ríos de Babilonia

O'Brien, Michael D.

Editorial: Palabra

368 páginas

Precio: 22,90€

Jerusalén ha sido invadida, sus habitantes deportados y el tesoro del Templo saqueado. Nadie escuchó a Jeremías cuando amonestaba al pueblo, advirtiéndole que se arrepintiera de sus abominables pecados. La injusticia y la idolatría han llevado a la ciudad a la desolación. Sin embargo, no todo está perdido. Aún queda esperanza para los hebreos. Ezequiel, un joven sencillo de gran corazón, lucha junto al resto de los judíos exiliados en Babilonia por construir su propio hogar y permanecer fiel a la alianza con Dios, incluso lejos del Templo y rodeados de idolatría. Estas experiencias le prepararán para la misión que le será encomendada: rescatar a su pueblo de la ruina interior.



### Me amó y se entregó por mí

Bonino, Serge-Thomas

Ediciones Cor Iesu

280 páginas

Precio: 14,00€

«Con ocasión del Jubileo del año 2000, publiqué, bajo el título *Vivo en la fe del Hijo de Dios*, un pequeño libro que era el fruto de las enseñanzas impartidas con ocasión de un retiro que prediqué a diversas comunidades religiosas. La presente obra se presenta como una prolongación de la precedente. El título mismo es la segunda parte del versículo de la epístola de san Pablo a los Gálatas cuya primera parte servía de título a la obra precedente. Pero el tema es evidentemente muy distinto. Propongo hoy una serie de conversaciones, no ya sobre la dimensión subjetiva del acto de fe, sino sobre un aspecto central de su contenido objetivo: el misterio de la Redención por la pasión de Jesucristo».



### ¿Tienen derechos los animales?

Scruton, Roger

Editorial: Cristiandad

230 páginas

Precio: 18,50€

Ante conceptos como respeto, derechos, bienestar, sufrimiento o crueldad respecto a los animales necesitamos un enfoque escrupuloso y moral que aclare la confusión en la que vivimos. Se hace necesario entender las enormes diferencias que hay entre los seres humanos y los animales, de modo especial en el caso de las mascotas, más allá de las apariencias. Este libro de Sir Roger Scruton, prologado por Federico de Montalvo (expresidente del Comité de Bioética de España), es un intento riguroso de aclarar el debate sobre los límites y el sentido de cuestiones como la caza y la pesca, la ganadería, la experimentación con animales...



#### EL HOMBRE, IMAGEN DE DIOS

Todos los hombre son *aliquid divini*, es decir, que hay algo divino en ellos, un derecho divino. Poseen un derecho que no ha sido establecido por el hombre y que el hombre mismo tampoco puede derogar. En este derecho encontramos una reivindicación que no fue planteada por el hombre y sobre la cual tampoco señorea y ante la cual sólo le cabe inclinarse. Se trata de un derecho del cual él no constituye la fuente, sino que existe en forma independiente de él y que, por tanto, no le cabe negar sin generar una injusticia; es un valor agregado que no surge a partir de su propia valoración, sino que existe independientemente de ésta. Y nosotros, que tanto hemos vivido como también vivimos bajo el dominio de los totalitarismos y que asimismo conocemos el totalitarismo solapado de la así llamada sociedad libre, con su culto al saber-hacer tecnológico, sabremos calibrar lo que significa la fe y cuál es la función que ella cumple en cuanto a mantener vigente el hecho de que aquí existe un derecho que no ha sido instaurado por el hombre y que, por tanto, hombre alguno puede quitar, pues no está a disposición y no es manipulable, un derecho, por ende, que impide que el hombre sea completamente sometido, sea cual fuere el sistema que lo intente.

Joseph Ratzinger, conferencia pronunciada en Tubinga, 1966-1969. (Hasta la fecha no se ha podido recabar algo más exacto.) Traducida y publicada por la revista *Humanitas* (17/XII/2013)